
a 00003 012572

Luis Millá y Guillermo X. Roura

Nadie más fuerte que SHERLOCK-HOLMES

(2ª. parte de La Captura de Raffles)

Melodrama en seis actos



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

Nadie más fuerte que Sherlock Holmes

NADIE MÁS FUERTE QUE

SHERLOCK-HOLMES

Segunda parte de

La Captura de Raffles

Drama en seis actos

original de

Luis Millá y Guillermo X. Roure

Estrenado en el Teatro Arnau, de Barcelona, la noche
del 27 de Febrero de 1909



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Georgina	Sra. Alentorn.
Laura	» Fornes.
Eva	» Vega.
Paulina	» Puch.
Sherlock Holmes	Sr. Guixer.
Raffles (bajo el nombre de Lapin).	» Saumell.
Inspector Richardson	» Maymir.
Don Manuel	» Alonso.
James Mallins	» Cinca (L.)
El coronel Merryl	» Miret.
Tourniquet.	» Ferrer.
Mr. Roberts	» Cinca (E.)
Inspector General	» Riera.
Colin	» Munner.
Polisman	» Janozzo.
Camarero	» Fanzo.
Bokmaker	» Alar.
Criado	» N. N.

La acción del primer acto, en Londres: los restantes, en París.



ACTO PRIMERO

Cuadro I

Captura y fuga de Raffles

Despacho del Inspector general de Policía. Puerta de entrada en primer término de la izquierda. En mitad del fondo, puerta cerrada con portier. Gran mesa escritorio en lateral derecha; detrás de ella, aparato telefónico, y más hacia el fondo, "etagere" con libros y legajos. Otomana corrida desde la puerta de entrada hasta la del fondo. En la pared, gran plano de Londres. Lámpara eléctrica de tres bombillas en el centro de la estancia, colgando del techo. Alfombra y muebles de gusto severo.

ESCENA PRIMERA

INSPECTOR GENERAL, tras la mesa escritorio. POLISMAN 1.º, en mitad de la escena. Dos Polismans junto a la puerta de entrada

INSPECTOR ¿Qué nuevas noticias se tienen de Sherlock Holmes?

POLISM. 1 Hasta ahora, ninguna. Desde ayer por la mañana, se ignora por completo su paradero.

INSPECTOR El plazo que él mismo fijó para la captura de Raffles, ha dos horas que ha terminado. Es de creer que sus gestiones han sido un fracaso. Precisa que inmediatamente se haga una minuciosa inspección por los barrios de la gente del hampa, y muy especialmente por las orillas del Támesis.

Nadie—2

No sé por qué, sospecho que a Sherlock le han jugado alguna mala pasada.

POLISM. 1 Se cumplirán vuestras órdenes, señor.

INSPECTOR El menor indicio que de su persona se halle, telefoneádmelo sin pérdida de momento. En todo lo que resta de noche no me ausentaré de esta inspección esperando noticias. En caso de que no os consideréis con fuerzas suficientes para emprender la batida, poneos de acuerdo con Richardson.

POLISM. 1 Del inspector Richardson tampoco se sabe nada desde anochecido.

INSPECTOR ¡Cómo es eso!

POLISM. 1 Parece ser que fué llamado con gran urgencia por teléfono. Al partir con varios polismans le oí decir: —Si es cierto lo que acaban de comunicarme, Raffles no escapará.

INSPECTOR Ese demonio de Raffles trae revuelta a toda la policía de Londres. No perdamos tiempo.

POLISM. 1 Comprendo vuestra ansiedad, señor Inspector. No quedará ningún lugar sospechoso sin el más completo registro.

INSPECTOR Así lo espero. Haced uso de los perros policiacos para seguir más seguro rastro.

POLISM. 1 Con vuestro permiso voy a dar orden de que los preparen.

INSPECTOR Sin perder momento. Volad. (Saluda y vanse los Polismans.)

ESCENA II

INSPECTOR GENERAL, en seguida POLISMAN 1.°

INSPECTOR La lucha entablada entre Sherlock Holmes y Raffles el elegante, como han dado en apellidarle, es la nota sensacional en todo Londres. Un fracaso por parte nuestra sería el más grande de los descréditos,

para Sherlock en particular, y para el cuerpo policiaco en general.

POLISM. 1 Dispensad, señor Inspector.

INSPECTOR ¿Qué os ha obligado a deteneros, Willy?

POLISM. 1 Una elegante señora y un caballero que acaban de llegar en automóvil, con tal insistencia solicitan ser recibidos, que me atrevo a molestaros.

INSPECTOR ¿Han dicho su nombre?

POLISM. 1 Han entregado esta tarjeta.

INSPECTOR (Leyendo.) «James Mallins, conocido capitalista.» No le conozco. En fin, que pasen. Y vos a lo dicho.

POLISM. 1 Inmediatamente. (Vase.)

INSPECTOR Extraña visita a estas horas. Veremos que se le ofrece a ese conocido capitalista. (Enciende la lámpara centro por el aislador que se halla en la pared del fondo, y al sentarse apaga la luz de la mesa.)

ESCENA III

El mismo, JAMES MALLINS y EVA con lujosos abrigos, salida de teatro.

JAMES Señor Inspector General...

INSPECTOR Adelante, caballero. Señora... Sírvanse tomar asiento y decir qué se les ofrece. (Se sientan.)

JAMES Vengo... mejor dicho, venimos desesperados. ¿Verdad, Eva?

EVA Tú lo dices.

JAMES El caso no es para menos. Desesperados... y en automóvil.

INSPECTOR ¡No comprendo!

JAMES Me explicaré. Nos hallábamos tranquilamente en un palco de la ópera mi esposa y yo... Esta señora es mi esposa.

INSPECTOR Celebro infinitamente su conocimiento y su hermosura.

EVA Gracias. (Sonriendo.)

JAMES — Gracias. (Con sequedad.) (En todas partes la misma canción.)
INSPECTOR — Continúe usted, caballero. Siga usted.
JAMES — Para seguir, será mejor retroceder. La sofocación me embrolla los conceptos, me traba las palabras, y...
INSPECTOR — Sosiésegue usted.
EVA — Por Dios, Mallins, calma tus nervios. Te pones imposible.
JAMES — Sí, sí, tienes razón. Hagamos historia. Mi nombre es James Mallins. Retirado hace mucho tiempo del negocio de minas, vivo del capital que... etc. Mi esposa gusta de las grandes reuniones, de los teatros..... etc. En fin ; hace seis días que asistimos al baile de la Embajada, y allí principió mi desgracia.
INSPECTOR — ¿Cómo es eso?
JAMES — Sí. Mi esposa lucía, entre otras valiosas joyas, un magnífico collar de brillantes de gran valor. Era la admiración de toda la concurrencia.
INSPECTOR — ¿Su esposa? Lo supongo.
JAMES — El collar.
INSPECTOR — ¡ Ah !
JAMES — Y el collar nos fué robado en el baile.
EVA — Substraído.
JAMES — Bueno, sí ; como tú quieras, robado o substraído, para mí es igual ; pero el hecho es que el collar y mi reloj de bolsillo desaparecieron como por encanto, y no se ha podido saber nada más.
INSPECTOR — Tengo noticias del suceso, así como también de la desaparición de otras joyas de varias señoras, en el baile de la Embajada.
JAMES — De las demás ya dije que poco me importaba. Lo interesante para mí son mis alhajas y a ellas me limito.
INSPECTOR — A la policía le interesa todo lo que sea penable, caballero. Prueba de ello, que se sigue con gran tenacidad la pista de Raffles

por tener la completa convicción de que él ha sido el autor de las substracciones en el baile de la Embajada.

JAMES — Raffles, sí: a él acuso, y por su causa hemos venido aquí mi esposa y yo.

INSPECTOR — Prosiga usted.

JAMES — Como ya he dicho, hace unos diez minutos nos hallábamos tranquilamente en el palco de la ópera, cuando al terminar el segundo acto me ha sido entregada esta esquela firmada por Raffles. Lea usted. (Entregándola.)

INSPECTOR — Veamos. (Leyendo.) «Señor don James Mallins. Muy señor mío: Si antes de terminar el tercer acto de la ópera, no deposita usted en el guardarropa del teatro los ricos brazaletes que luce su encantadora compañera, para que sean entregados sin reparo ninguno a la persona que irá a recogerlos, me veré en la precisión de hacerme con ellos de una manera u otra esta misma noche. Suyo afectísimo, *Raffles.*»

JAMES — ¿Eh? ¿qué tal? ¿Qué me dice usted a esto, señor Inspector General de la Policía?

INSPECTOR — Digo, que el caso es altamente original.

EVA — También lo creo yo así.

JAMES — Pues yo, por lo contrario, lo creo altamente sin vergüenza.

INSPECTOR — ¿Y qué ha hecho usted al recibir la misiva?

JAMES — ¿Qué? Salir del teatro como un rayo, meternos en el automóvil, llegar aquí y preguntar a usted: ¿qué se ha de hacer en vista de esa escandalosa misiva?

INSPECTOR — Por lo pronto, nada. Lo que usted debía haber hecho era esperar en el guardarropa del teatro para ver qué persona se presentaba a recoger los brazaletes de la señora.

EVA — Efectivamente.

JAMES — ¿Y quién tiene calma para tanto?

INSPECTOR En aquellos momentos era lo más práctico.

JAMES A mi entender lo más práctico sería coger a ese maldito Raffles y encerrarlo en el más profundo calabozo de la cárcel de New Gatte, pues mientras vaya suelto por las calles de Londres, nadie podrá vivir tranquilo, especialmente yo. (Timbre en el teléfono.)

INSPECTOR Me llaman por teléfono. Si permiten ustedes un momento...

EVA Es usted dueño, caballero.

INSPECTOR Con permiso, señora. (En el teléfono.) Sí. Ya estaba impaciente. (Con pausas propias.) ¿Sherlock ha vencido? ¿Vienen ya? No, todavía no han llegado. No pueden tardar, ¿verdad? Bien amanillado, ¿eh? Con el inspector Richardson !, perfectamente. Gracias. (Dejando el aparato.) Señores, estamos de enhorabuena. Por teléfono me anuncian la captura de Raffles. Dentro de poco lo veremos bien amanillado en esta sala.

EVA ¡ Es posible !

INSPECTOR No cabe duda.

JAMES Me alegro infinito, me alegro. ¡ Que lo maten ! ¡ que lo ahorquen !... ¡ no seré yo seguramente quien lo descuelgue !

EVA ¡ James, no digas eso !

JAMES Sí, sí, que lo maten ; pero antes que me entregue el collar de brillantes y mi reloj de oro ¿eh? ¿Verdad que me serán devueltas las joyas, señor Inspector?

INSPECTOR Todas las reclamaciones que usted haga serán atendidas y figurarán en el proceso.

JAMES Un millón de gracias adelantadas. ¡ Ay ! la captura de Raffles no puede usted calcular cuánto me tranquiliza por muchos conceptos, por muchos. (Al Inspector.) (Cuando tenga ocasión ya explicaré a usted mis temores fundados en...)

INSPECTOR (Cuando usted guste.) Si no me engaño aquí llegan ya mis agentes conduciendo al deseado Raffles.

EVA (¡ Desgraciado !)

JAMES ¿Vendrá bien amarrado, eh?

INSPECTOR Esta vez no hay cuidado que se nos escape. Ustedes mismos podrán convencerse de ello ; digo, si es que a la señora no la molesta la vista de un hombre amanillado.

JAMES Dime, querida Eva ; ¿te asustará el ver a Raffles?

EVA Creo que no.

ESCENA IV

Dichos, RICHARDSON. En seguida dos POLISMANS, RAFFLES y ocho POLISMANS más, que quedan en línea por todo el lateral izquierda.

RICHARD ¿Hay permiso?

INSPECTOR Adelante.

RICHARD. Señor Inspector General. La captura de Raffles por fin es un hecho ; un verdadero éxito. Por fin está en nuestro poder.

INSPECTOR Os doy mi más cumplida enhorabuena, señor Richardson. Conducidle a mi presencia.

RICHARD Adelante el preso.

RAFFLES (Presentándose amanillado y con el mismo traje que vestía en la primera parte, o sea en "La captura de Raffles.» Buenas noches, señores. (Descubriéndose.) Dispensadme si saludo con cierta torpeza ; pero las manillas impiden mis movimientos y... (Reparando en Eva.) ¡ Oh, hermosa señora Castorini !... ¡ cuánto celebro vuestra visita !

JAMES Señor mío... (Adelantándose con cierto temor.)

RAFFLES No os alteréis, señor Mallins. No paséis ningun cuidado por los brazaletes de vues-

tra bellísima pareja. ¿Veis? por lo pronto ya tengo estos. (Mostrando sus manillas.)

JAMES Bien está cada cual con los suyos.

RAFFLES Si lo creeis así, no replico.

JAMES Vámonos, Eva, vámonos. Señor Inspector... (Despidiéndose.)

INSPECTOR A sus órdenes, señora.

JAMES (Por fin puedo respirar tranquilo.)

EVA (¡Es un ladrón altamente simpático!) (Vanse.)

ESCENA V

Dichos, menos EVA y MALLINS

RAFFLES Señor Inspector General, dispensad esta pequeña digresión. Estoy pronto al interrogatorio que tengáis por conveniente.

INSPECTOR A ello voy. (Colocándose detrás de la mesa escritorio. Todos los demás personajes en el orden indicado. Richardson actúa de secretario.) Vos sois el sujeto conocido por Raffles?

RAFFLES Este es el nombre con el cual hasta ahora he sido conocido en Londres.

INSPECTOR ¿Vuestra edad?

RAFFLES Pongamos... ¿veintiocho años?

INSPECTOR ¿Lugar de vuestro nacimiento?

RAFFLES En el mundo.

INSPECTOR Se supone. Fijad un punto.

RAFFLES Fijémoslo. Londres. ¿Os parece bien?

INSPECTOR Lo que me parece, es que vuestras palabras evasivas de nada os servirán para aminorar vuestra culpabilidad. Aquí es preciso concretar.

RAFFLES Concretemos, pues.

INSPECTOR ¿Confesáis ser el autor del robo verificado en la joyería Verney Road, en el Hotel de Rusia, en el de la casa bancaria Warner Frederich, y últimamente en el baile de la Embajada?

RAFFLES Confieso ser autor de cuantas substracciones se me acuse, puesto que no puedo

precisarlas, por no tener lista completa de todas ellas.

INSPECTOR ¿Tenéis cómplices?

RAFFLES Ayudantes solamente, pero de poca importancia.

INSPECTOR Decidme sus nombres.

RAFFLES Son nombres de batalla, siempre cambiados, que ofrecen insegura pista para dar con ellos.

INSPECTOR ¿Ultimamente no estabáis en convenio con un tal Buk?

RAFFLES Siempre he trabajado por mi cuenta. Buk ha sido un pequeño instrumento de mis acciones.

RICHARD. Buk también ha sido apresado, señor Inspector.

RAFFLES Efectivamente : Buk ha sido apresado por el señor Richardson, así como yo lo he sido por Sherlock Holmes, el gran detective, al cual he prometido una visita de cumpliminto dentro de pocos días.

INSPECTOR (Con risita incrédula.) Dudo mucho que podáis cumplir vuestro ofrecimiento.

RAFFLES Por mi parte no lo dudo en lo más mínimo. Lo prometido es deuda.

INSPECTOR ¿Es que pensáis escapar de nuestro poder?

RAFFLES De ello estoy convencidísimo, señor Inspector General.

INSPECTOR ¿En hipótesis?

RAFFLES En realidad, y quizá más pronto de lo que podáis suponer.

INSPECTOR Yo no supongo cosas imposibles.

RAFFLES La palabra imposible no existe en el diccionario de Raffles. Ya veis ; ocho polismans me rodean, ocho para un solo hombre, y, sin embargo, este hombre, a no ser porque los botoncillos de sus botas le aprietan demasiado, ya habría echado a correr apesar de tantos guardias de vista.

INSPECTOR Sois original por todos conceptos.

RAFFLES Soy lógico en todas mis acciones.

INSPECTOR Para probaros que en nada temo vuestros alardes de fuga, podéis desabrocharos los botoncillos esos que tanto molestan la ligereza de vuestros pies.

RAFFLES Con vuestro permiso lo haré así.

INSPECTOR Guardia, ayudad al preso. (Un polisman se adelanta para ayudarle. Raffles le detiene con la palabra.)

RAFFLES No os molestéis, amigo. Me basto yo solo, gracias. (Por contracción de brazos rompe la cadenilla de sus manillas y desabrocha los botoncillos de sus botas. Gran sorpresa en todos.) ¡ Ajajá ! Esto es vivir. Las carreras que Sherlock Holmes me ha obligado a dar estos últimos días, me han hinchado los pies. No podía dar un paso más. (Pequeña pausa.) Podéis volverme a maniatar. La cadenilla se ha roto. (Presentando sus muñecas.)

INSPECTOR ¡ No os suponía tanta fuerza !

RAFFLES No : esto es sólo ingenio de contracción. Servíos mandar que me pongan otras manillas de más resistencia.

INSPECTOR No hay necesidad. Hallándoos aquí no es fácil que escapéis de nuestro poder.

RAFFLES ¡ Claro !... Sois tantos contra uno... (Examinando la sala, pero sin moverse del centro.) Estoy en el centro, completamente rodeado de ojos que no me pierden de vista. Algo difícil es escapar ; pero, en fin, se hará lo que se pueda.

INSPECTOR ¡ Ea ! dejémonos de ridículos alardes y prosigamos el interrogatorio.

RAFFLES Decís bien : prosigamos, que mucho nos hemos apartado de él.

INSPECTOR ¿ Seguís negándoos a confesar el número y nombres de vuestros cómplices ?

RAFFLES Sigo diciendo que de nada os servirán mis confesiones, pues no pienso asistir a la vista de mi proceso. Inútil es, por lo tanto, emborronar pliegos de papel judicial, ni perder el tiempo haciéndome preguntas sobre mi accidentada vida.

INSPECTOR ¿Eh? ¿cómo es eso?

RAFFLES Si es que el señor Inspector General piensa escribir mi biografía, no tengo inconveniente en proporcionarle cuantos datos crea convenientes para ello. De lo contrario, me resisto a seguir hablando. Tengo mucho que hacer en lo que resta de noche y no puedo entretenerme más.

INSPECTOR ¡Me pasma vuestra osadía!

RAFFLES Mucho más me pasma a mí vuestra credulidad de fuerza policiaca.

INSPECTOR (Con enfado.) ¡Terminemos de una vez!

RAFFLES Eso es lo que deseo; terminar.

INSPECTOR De otro que no fuera el célebre Raffles, no soportaría yo la audacia de semèjantes palabras.

RAFFLES Agradezco infinito la distinción que se me dispensa, más así y todo, permitid que repita que no puedo estar más tiempo detenido, señor Inspector General.

INSPECTOR Y yo repito que mucho lo estaréis todavía.

RAFFLES Ni dos minutos más.

INSPECTOR Me gustaría verlo.

RAFFLES Mirad, pues, si tenéis ojos de gato.

INSPECTOR ¿Cómo será ello?

RAFFLES ¿Cómo? Así. (Rápidamente da vuelta al pulsador eléctrico, que se halla en la pared del fondo, quedando la sala en completa obscuridad, durante la cual se oyen con gran confusión, las siguientes voces:)

INSPECTOR ¡Ah, maldito!

RICHARD. ¡Nos ha burlado!

INSPECTOR ¡Luz! ¡Luz!

RICHARD. ¡No doy con el aislador de la lámpara!

INSPECTOR ¡Interceptad las puertas! ¡Disparad sobre el que huya! (Gran vocerío de palabras incoherentes y ruido de muebles que caen al suelo y dos disparos de revólver.) ¡Richardson!...

RICHARD. ¡Señor!...

INSPECTOR ¿Qué hacéis?... ¿Todavía no hay luz?

RICHARD. Sí; ya di con el interruptor. (Ilumínase la escena y aparecen todos los personajes menos Raffles.)

INSPECTOR ¡Por fin!... ¿Y Raffles?... ¿Dónde está Raffles?

RICHARD. ¡Ha desaparecido!

INSPECTOR ¡Cómo! ¿Por dónde?

RICHARD. No sé. ¡Ah! ¡Mirad! Sus pies aparecen por allí. (Mostrando el portier del fondo, el cual, en su extremo inferior, deja ver la punta de las botas de Raffles.) ¡Detrás del portier se halla! ¡Ríndete, sino eres hombre muerto, Raffles! (Revólver en mano, descorre el portier, viéndose que tras él no hay nadie.) ¡Nadie!

INSPECTOR ¡Completamente burlado! ¡Parece increíble!... ¡Guardias: dad una batida por todos los alrededores del edificio! ¡Traédmelo vivo o muerto! (Al ir a salir los polismans, se presenta James.)

ESCENA V

Dichos y JAMES

JAMES ¡Señor Inspector!... ¡Señor Inspector!...

INSPECTOR ¿Qué ocurre? ¿Usted aquí todavía?

JAMES ¡Todavía, sí, por mi desgracia!

INSPECTOR Abreviad. ¿Qué es ello?

JAMES ¡Mi esposa... mi querida Eva... ha desaparecido!...

INSPECTOR ¡Qué decís!

RICHARD. ¿Cómo?

JAMES. Por encanto.

INSPECTOR Explicaos mejor.

JAMES No sé si podré. La emoción... la sorpresa... la... lo... Veréis. Al salir de esta sala, Eva se empeñó en esperar la terminación del interrogatorio de Raffles, para saber si había declarado algo referente a lo sucedido en el baile de la Embajada. Comprendiendo que era un capricho de mujer, accedí a esperarnos. El tiempo transcurrió lentamente, tanto es así, que

me quedé dormitando dentro de mi automóvil, solo con mi esposa, pues yo mismo había mandado al *chauffeur* a ver si el interrogatorio terminaba. De pronto, un violento empujón me arroja del asiento. Un hombre sube en el automóvil, empuña el volante, y desaparece con mi esposa, la cual, por la sorpresa, no ha lanzado un solo grito de socorro, ¡ ni uno solo, señor Inspector !

INSPECTOR Ese hombre era Raffles.

JAMES ¡ Raffles decís ! ¡ Es posible ! ¿ Pues cómo ha huído ?

INSPECTOR Por encantamiento. Vos lo habéis dicho.

JAMES ¡ Y con mi esposa ! ¡ Infeliz de mí ! (Cae desmayado en brazos de Richardson.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Cuadro II

El billete número 14,213

Saloncillo ochavado. Balcón en el fondo. Dos puertas a la izquierda. En la pared de la derecha, secreter de elegante sencillez. Sofá en el fondo izquierda, veladorcito, sillones, sillas volantes, lámpara de pie y alfombra. Neceser elegante de costura en el fondo izquierda.

ESCENA PRIMERA

Don MANUEL, GEORGINA y LAURETA

MANUEL (Reloj en mano.) ¡ La impaciencia me devora ! Las saetas de los relojes parece que se burlan de mi ansiedad. Con qué calma siguen su curso por el horario. Cada minuto me aparenta un siglo.

GEORGINA ¡ Cálmate, por Dios, Manuel, domina tus nervios !

MANUEL ¡ Imposible ! En ninguna parte hallo sosiego. En Sherlock Holmes está condensado todo mi afán, y su retardo me puñalea el corazón.

GEORGINA Mucho fías en ese hombre, Manuel.

MANUEL Es mi última esperanza.

LAURETA El cielo quiera que con su presencia la veas realizada.

GEORGINA Dios te oiga, hija mía, para el bien de todos nosotros.

MANUEL Tú lo has dicho: *para el bien de todos;* pues vivir así no es posible. No hay fuerza humana para soportar mis sufrimientos. De continuar así las cosas, dudo que pueda resistirme a la idea que ya germina en mi cerebro.

GEORGINA ¿Qué idea es esa, Manuel?

MANUEL El suicidio.

LAURETA ¡Papá, por Dios santo!

GEORGINA ¡Jesús me valga!

MANUEL ¡Sí, esposa mía! ¡Sí, hija del alma! ¿Cómo queréis que pueda mostrar mi inocencia, si no existe prueba alguna en mi abono? No es posible sospechar de nadie, ni de casa, ni de fuera de ella, no. Yo, sólo yo; yo sólo aparezco culpable con todo el peso de la culpa. La fatalidad me arrastra al abismo. ¿Comprendéis ahora si el suicidio se impone? ¡Es la única solución!

GEORGINA ¡Qué horror!

LAURETA ¡No digas eso, papá, no digas eso! ¿Qué sería de nosotras sin tu apoyo?

MANUEL ¿Qué apoyo puede prestaros un hombre marcado con la mancha de la deshonra? ¡Mi existencia, en este mundo, sólo puede servir para sumiros a las dos en la más espantosa de las miserias! .

LAURETA ¡Padre mío!

MANUEL En el cañón de una pistola está la salvación de todos: la mía, porque muriendo yo, ya comprenderán mi impotencia para soportar el bochorno de la sociedad, y la vuestra porque no sois vosotras las responsables de mi falta. ¡Dejadme, dejadme terminar de un solo golpe esta horrible situación! (Queriendo desasirse de los brazos zos de Georgina y Laureta.)

GEORGINA ¡Manuel, por Dios!

LAURETA ¡Papá, tú enloqueces! ¿No has dicho que

en Sherlock Holmes te resta una esperanza? ¿Por qué perderla, pues, si aun no ha llegado el gran detective, para que con su inteligencia nos ilumine?

MANUEL — Verdad es. Tus palabras me vuelven la razón. ¡Dios te bendiga, hija mía! (Abrazándola y besándola.)

GEORGINA — (¡Qué horrible sufrimiento!)

LAURETA — Vamos, cálmate, papaíto. Cálmate, siéntate aquí, (En el silloncito de la derecha.) y yo a tu lado, juntos, muy juntitos. Tu Laureta, no te abandonará un solo momento, hasta que te vea completamente tranquilo, completamente vindicado de una falta que no es falta, sino desgracia, ¿verdad, mamá?

GEORGINA — Sí, hija mía, sí; una verdadera desgracia.

MANUEL — ¡No hay remedio, no hay remedio para mí!

LAURETA — ¡Quién sabe! Sherlock Holmes, quizás halle a sangre fría, algún indicio que nosotros no podemos ver a causa de nuestra intranquilidad de espíritu.

MANUEL — Dudo de todo.

LAURETA — He oído contar de ese señor cosas maravillosas, inducciones extraordinarias. La prensa de Londres se ocupa de él siempre con gran elogio.

MANUEL — Eso sí. En Londres ha efectuado grandes hechos, ha descubierto robos que se tenían por imposibles de hallar a sus autores. En Londres, sí; pero aquí, en París, en un terreno que no es el suyo, temo que pierdan algo sus deducciones.

LAURETA — Mi tío, el doctor Walton, no lo cree así. Bien sabes que en todas sus cartas que tratan de su amigo el detective, te dice que Sherlock Holmes es infalible. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes. ¿Verdad, mamá?

GEORGINA — Sí, efectivamente; eso dice siempre.

LAURETA Ea, no hay que desesperarse. Confiemos en Sherlock. ¿No telegrafió ya su salida de Londres?

MANUEL Sí; en compañía del inspector Richardson.

LAURETA ¡El inspector Richardson! Ya ves, viene con ayudante para mayor éxito de su empresa.

MANUEL Pero es que ya debía estar en París, y su tardanza no me la explico. Londres está a un paso y...

LAURETA Sí; el paso de Calais. Bien sabes que el estado del mar retarda muchas veces la navegación por el Canal de la Mancha. Recuerda cuando fuimos a Londres, el susto que nos dió el célebre paso de Calais. ¿Verdad, mamá?

GEORGINA Dices bien, hija mía.

LAURETA ¡Vaya un viajecito! ¿eh?

GEORGINA (De ese viaje proviene toda nuestra desgracia.)

LAURETA (Levantándose y siempre en tono jovial.) Ya estás más tranquilo, ¿verdad, papaíto? ¿Verdad que ya no te asaltan aquellas ideas tan negras que hace poco te atormentaban, y nos desesperaban a mamá y a mí? ¿Verdad que no? (Con mimo.) Vamos, di que no; di que no. Si no lo dices, me enfado; si no lo confiesas, lloro. ¡Vamos, confiesa, confiesa! Di que no, di que no.

MANUEL No, hija mía, no.

LAURETA ¡Ay, gracias a Dios! Hemos vencido, mamá, hemos vencido.

GEORGINA (Abrazándola.) ¡Inocente criatura!

LAURETA Y ahora esperad, esperad. Voy a presentaros una escena que ha de gustaros mucho, muchísimo. Tú, papá, no te muevas de tu silla. Y tú, mamá, siéntate aquí. (En la silla de la izquierda.) Es una escena imaginativa, que puede muy bien volverse real en todos conceptos. (Narración muy jugada.) La escena tiene por título: «Viaje

rápido». Veréis : atardece, como dicen los poetas. Dos caballeros abrigados en sendos gabanes, cruzando silenciosos las calles de Londres, llegan a la estación de Wintsminsther, toman billete... ¿para dónde? su camino nos lo dirá. Tres horas de trayecto en ferrocarril y llegan a la orilla del mar. (Pausa.) Por fin, un vapor zarpa. Noche obscura : mar negruzco ; olas gruesas, espesas. No se ven más que dos luces que, inquietas, avanzan, avanzan, cruzando el Canal de la Mancha, rasgando la niebla. Allá, por Oriente, con lentitud progresiva, nace el día. Apunta un rayo de sol. El vapor llega a la orilla opuesta del Canal. Desembarcan dos hombres : Sherlock y Richardson. Toman otra vez el tren. La locomotora arrastra vigorosamente los vagones del convoy. Adelante, adelante siempre. La máquina lanza un silbido anunciando su llegada a París. Los dos viajeros llegan a la estación de San Lázaro. Descienden ; cruzan el andén. Toman un coche ; no, un coche no ; un automóvil que es más rápido. ¿Adónde? pregunta el chauffer. A la calle de San Ambrosio, por el boulevar de los Italianos, responde Sherlock. ¡ Rum, rum !... el automóvil cruza calles y plazas : ¡ tuút ! ¡ tuút ! suena la bocina para que dejen el paso libre. (Ruido de automóvil y bocina en la calle coincidiendo con la palabra de Laureta.) Llegan. preguntan a la portera : ¿El señor don Manuel Walton?... —En el tercero.—Entran en el ascensor. Llaman a nuestra puerta. (Timbre dentro.) Dan sus nombres. La doncella les hace pasar y se presentan Sherlock Holmes y el Inspector Richardson. (Levantando la cortina.) Vedlos. Ya están aquí. (Toda esta relación con pausas convenientes y expresivos ademanes. Manuel y Georgina, indiferentes al principio, demuestran satisfacción al final, viendo

realizada la ficción de Laureta. Hasta la última palabra no se ponen de pie rápidamente.)

ESCENA II

Dichos, SHERLOCK y RICHARDSON, por la primera de la izquierda.

SHERLOCK Señora...
RICHARD. Señores...
MANUEL (Maravillosa aparición.)
GEORGINA (Parece increíble.)
LAURETA (Presentía la llegada. ¡ Dios me ha inspirado !)
MANUEL Adelante, caballeros. Nos encuentran esperando a ustedes con viva ansiedad.
SHERLOCK Inútil es preguntar por su nombre, caballero. Es usted el verdadero retrato de su señor hermano, mi amigo el doctor Walton.
RICHARD. Efectivamente, parecen ustedes hermanos gemelos.
MANUEL Me lleva solamente cinco años. Permitan ustedes que les presente mi esposa Georgina.
SHERLOCK Hermana de la esposa del Doctor, ¿no es así?
GEORGINA Y servidora de ustedes.
SHERLOCK A sus órdenes, señora.
RICHARD. A su disposición.
MANUEL Sí ; dos hermanos que nos casamos con dos hermanas. No es el primer caso.
SHERLOCK No lo es, no.
MANUEL Nuestra hija Laureta. (Presentándola.)
SHERLOCK Este sí que es el primer caso, ¿verdad?
MANUEL Verdad. Mi hermano no ha podido tener hijos en su matrimonio.
GEORGINA No... no los ha tenido.
SHERLOCK Y por cierto que mucho lo siente.
MANUEL Lo creo : el placer de ser padre no es com-

parable a nada del mundo. Mi Laura es la alegría de la casa.

SHERLOCK Así se lo he oído decir muchas veces a mi amigo Walton.

LAURETA ¡Oh! mi tío me quiere mucho.

SHERLOCK Mucho, señorita, mucho.

LAURETA Es muy bueno. Y usted, señor Holmes, es gran amigo suyo, según creo.

SHERLOCK Amigo verdadero. A su amistad, y a ser ustedes su familia, se debe nuestra llegada a París.

MANUEL Que agradezco muchísimo.

SHERLOCK Aunque no venimos oficialmente, ni el señor Richardson, por hallarse con licencia de dos meses; ni yo, por no pertenecer al cuerpo de policía; los dos estamos dispuestos para todo lo que servir podamos.

LAURETA Mucho podrán ustedes en nuestro favor.

RICHARD. No dude usted, señorita, que tendremos en ello un verdadero placer.

SHERLOCK Veamos, pues, qué desgracia pesa sobre ustedes.

MANUEL Una desgracia inmensa. (A indicación de Manuel, siéntanse Sherlock y Richardson en el centro. Georgina en la izquierda. Laura de pie apoyada en el respaldo del sillón que ocupa su madre.) El caso es el siguiente. No poseo grandes caudales; pero disfruto de una regular renta que me da para vivir decentemente. Contra mi costumbre, pues no tengo en ello declarada afición, hará cosa de dos meses, hallándome en el Casino en compañía de varios amigos, compañeros de tresillo, se nos ocurrió comprar un billete del sorteo anual de la Prensa, siendo yo el designado para guardarlo. ¡Esta ha sido mi desgracia!

SHERLOCK Continuad, sin olvidar el menor detalle.

MANUEL Firmé y entregué a cada uno de mis tres amigos un recibo del número confiado a mi depósito.

SHERLOCK ¿Qué número?

MANUEL El 14,213. No se me olvida. (Sherlock lo apunta en su carnet.)

SHERLOCK Continuad.

MANUEL Llegué a casa y guardé el billete en ese secreter. (Señalando el de la derecha.) Pasaron días, se verificó el sorteo, y el número 14,213 resultó premiado con un millón de francos.

SHERLOCK ¡ El primer premio !

MANUEL Loco de alegría, al darme la noticia en el mismo Casino un amigo que tenía la lista, corro a casa, abro el secreter, y juzgad de mi sorpresa al ver que el billete había desaparecido. Examiné detenidamente todos los cajoncillos del secreter, una, dos, veinte veces, ¡ inútil ! Golpeé el mueble, lo revolví de arriba a abajo... ¡ Nada, nada absolutamente ! El billete no aparecía por ningún rincón, por ninguna juntura, por ninguna parte, por ninguna ! (Cae abatido en el sillón. Pausa.)

RICHARD. ¿ Estáis bien seguro de que lo guardásteis en el secreter?

MANUEL Completamente seguro. No me cabe la menor duda. En el segundo cajoncillo de la derecha. Bien lo recuerdo. Apuesto en ello la vida. ¡ Lo juro por la salvación de mi alma, lo juro !

RICHARD. Después de depositado el billete en el secreter, ¿volvisteis a abrirlo alguna vez?

MANUEL Una sola. Un día que mi banquero Rossier, que habita a pocos pasos de esta misma calle, me entregó dos mil francos, que no he necesitado de ellos.

RICHARD. ¿Y al abrir el mueble vió usted en él el billete de lotería?

MANUEL Sí.

RICHARD. Al abrir el mueble por segunda vez, ¿había delante alguna persona de la casa o de fuera de ella?

MANUEL Nadie.

RICHARD. ¿Vuestros amigos sabían donde se hallaba guardado el billete?

MANUEL Nadie sabía nada. Mi misma esposa e hija eran ignorantes de todo; pues se hallaban en Londres, en compañía de mi hermano el doctor, cuando adquirí el fatal billete.

RICHARD. ¿Es decir que no sospecha usted de nadie más o menos indirectamente?

MANUEL De nadie... de nadie, en lo más mínimo. (Ligera pausa.)

SHERLOCK ¿Cómo adquirísteis ese mueble?

MANUEL Fué un regalo de mi hermano.

SHERLOCK ¿Hace de ello mucho tiempo?

MANUEL Unos cinco años. ¿No es así, Georgina?

GEORGINA Creo que sí, por más que no puedo precisarlo.

SHERLOCK ¿El secreter contenía papeles de importancia, a más del billete?

MANUEL No. Hacíamos poco uso de él. Sólo contenía, como he dicho, los dos mil francos.

SHERLOCK ¿En papel o en metálico?

MANUEL Todos en papel. Cuatro billetes de quinientos francos. Aun están en el cajoncillo. ¿Quieren ustedes examinar el mueble?

SHERLOCK Sí. (Levantándose y dirigiéndose a él.)

MANUEL Aquí tengo las llaves.

SHERLOCK Permita usted. Ya abriré yo mismo.

MANUEL Como usted guste. (Le entrega la llave.)

SHERLOCK ¿La cerradura es de doble vuelta?

MANUEL Doble vuelta y muelle de bomba. ¿Ven ustedes? Aquí los billetes de Banco. En este otro cajoncito puse el billete de lotería.

SHERLOCK ¿El mueble tiene algún secreto?

MANUEL Ninguno que yo sepa.

GEORGINA Ninguno; no.

SHERLOCK Richardson, examine bien la llave, allí, mientras yo me ocupo del secreter. (Richardson apártase del secreter, y formando grupo con los de-

más, examina la llave, mientras Sherlock apunta en una tarjeta la serie y número de los billetes.)

RICHARD. No veo en ella nada de particular.

MANUEL No.

GEORGINA No.

SHERLOCK Examine usted detalladamente, Richardson, detalladamente.

RICHARD. (Comprendo, quiere distraerles.) ¡ Calle ! sí. Aquí, aquí se ve un pequeño roce...

SHERLOCK (Que ha terminado la copia.) Nada descubro en el mueble que me proporcione el menor indicio.

RICHARD. Ni en la llavecita tampoco.

SHERLOCK Venga la llave, a ver si con mi lupa... (Buscando fingidamente en los bolsillos.) ¡ Oh ! qué torpeza... No la tengo... ¡ Ah ! ya recuerdo. En la maletita de viaje que ha quedado en el automóvil debe estar. Richardson, vaya usted a por ella. Hágame ese favor. (Al coger la llave del secreter, que hasta ahora ha tenido Richardson, le entrega la tarjeta escrita.) (Ejecute usted inmediatamente lo que le dice esta tarjeta.)

RICHARD. (Comprendido.) Con permiso, señores.

ESCENA III

Dichos menos RICHARDSON

SHERLOCK ¿De modo que el billete número 14,213, premiado con un millón de francos, no sabe usted cómo ha desaparecido del secreter?

MANUEL Me vuelvo loco sin poder acertar.

SHERLOCK La suposición de un robo no es admisible pues en el secreter se hallan los dos mil francos por usted depositados también en él. ¿No es eso?

GEORGINA En efecto, en un robo no hay que pensar, puesto que los cuatro billetes de quinientos francos que mi esposo díjome haber

guardado en el cajón, allí a la vista están.

SHERLOCK Sí, sí... a la vista están; bien se ven. (*Dejando el secreter abierto.*) ¿De la pérdida del billete tienen ya aviso en la administración?

MANUEL Eso fué lo primero que hice al darme cuenta de la desaparición.

SHERLOCK De modo que el actual poseedor del billete, de poco le valdrá tener entre sus manos una fortuna.

MANUEL De nada absolutamente, pues si se presenta al cobro, tendrá que probar su legitimidad de comprador.

SHERLOCK Eso es. Así como usted la patente prueba de la substracción.

MANUEL Prueba que no sé cómo presentar.

SHERLOCK ¿Y sus amigos, los partícipes del billete, qué dicen?

MANUEL En un principio se mostraron bien complacientes; pero hoy ya dudan de mi honradez, llegando al extremo de amenazarme con la cárcel si no hago efectiva su legal participación en el premio.

LAURETA ¡La cárcel!

GEORGINA ¡Gran Dios!

MANUEL De su parte está toda la razón y no me quejo. ¡Si mi fortuna fuese suficiente para el pago, ya lo hubiera realizado, aún quedando en la miseria!

LAURETA Sí, papá, sí. Basta con poner a salvo nuestro buen nombre.

GEORGINA Dispón de mi pequeña dote sin reparo alguno.

MANUEL Imposible. Toda nuestra hacienda no alcanza a satisfacer ni la mitad del importe del premio del billete desaparecido.

SHERLOCK Por más que el asunto todavía está muy obscuro, no hay que entregarse a la desesperación.

LAURETA ¿Confía usted en algo, señor Sherlock?

GEORGINA ¿Hay esperanza?

SHERLOCK Nada puedo asegurar; pero quizás con

mi lupa logre apreciar los hechos con más claridad que hasta ahora he podido hacerlo en el examen del misterioso secreter.

LAURETA Dios lo quiera así.

ESCENA IV

Dichos y RICHARDSON

RICHARD. Aquí está la lupa, maestro. (Y aquí la contestación.) (Entrega una tarjeta y un volante.)

SHERLOCK Perfectamente. Gracias, Richardson. Volvamos al examen del mueble. (Al dirigirse a él, lee rápidamente el contenido de la tarjeta entregada por Richardson.) ¿Ha dicho usted, don Manuel, que el billete de la lotería lo colocó usted aquí?

MANUEL Sí, ahí mismo. (Señalando el mueble.)

SHERLOCK Y los billetes de Banco en este otro cajoncillo, ¿no es cierto?

MANUEL ¡Exacto!

SHERLOCK Pues bien, señores, tengo el honor de notificar a ustedes, que para substraer el billete premiado con un millón de francos el secreter no ha sido ni forzado con ganzúa ni abierto con llave falsa. No; este secreter no es el mismo en que encerró usted el billete de lotería. El secreter ha sido cambiado por otro enteramente igual.

LAURETA ¿Cómo?

MANUEL Es posible.

GEORGINA ¿Qué dice usted?

SHERLOCK La verdad, señora. Aseguro a ustedes que el mueble que regaló el doctor Walton a su hermano Manuel, no es este.

MANUEL Pero cómo se comprende.

SHERLOCK Se comprende por la razón de que usted, según confesión propia, colocó en él cuatro billetes de quinientos francos.

MANUEL Sí, sí, esos mismos que están a la vista.

SHERLOCK No. Estos billetes pertenecen a la serie B,

números del 17 al 50,000 ; y los que a usted le fueron entregados, eran de la serie F, números bien distintos, según manifiesta el mismo banquero Rossier en una nota de su puño y letra que acaba de traerme el amigo Richardson. Vedla, aquí está.

MANUEL ¡ Verdad es !

SHERLOCK Tenemos, pues, que si se tratara de un ladrón vulgar, hubiérase llevado consigo el billete de lotería y los cuatro billetes de Banco. Si la intención del ladrón sólo era apoderarse del billete premiado, ¿por qué cambió los billetes?

MANUEL Es verdad.

LAURETA Es verdad.

SHERLOCK No hay duda ; en el secreter se buscaba algo más que los billetes de Banco. Alguna cosa oculta, que seguramente el llamémosle ladrón ignoraba el rinconcillo donde se hallaba, y por eso vió más fácil cambiar el mueble que entretenerse en buscar el escondrijo de su interior.

MANUEL ¿Pero cómo se explica usted que apareciendo en el mueble los dos mil francos, no aparezca también el billete de lotería, para no dejar ningún rastro del cambio?

SHERLOCK Quizá se ignoraba la existencia del billete en él, y luego, al salir premiado, se aprovechan de la suerte que les viene a mano.

MANUEL El cambio del secreter es cierto. Sí, mira, Laura, mira, ¿Recuerdas tú que un día al dar en el mueble un ligero golpe, se quebró esta pequeña guarnición?

LAURETA Sí, en mi neceser guardo todavía el trocito de madera que se saltó de la moldura. Mira, aquí está. (Sacándolo del neceser que se halla en el fondo izquierda.)

SHERLOCK Pues bien : ¿lo ven ustedes? El mueble está intacto. Es enteramente igual. Cosa que no es de extrañar ; pues de esta misma forma y dibujo he visto muchos en

Londres, y supongo que en París no faltarán del mismo modelo.

LAURETA ¿Ves, papá? Ya avanzamos terreno para tu inocencia.

GEORGINA Poco es el avance, hija mía, pues hasta ahora no sabemos cómo se pudo efectuar el cambio del mueble, ni mucho menos quién es el poseedor del billete.

SHERLOCK Es cierto, señora; no sabemos nada de eso que usted dice, no lo sabemos... pero no hay duda que alguien lo sabe. Precisa, pues, encontrar a ese alguien de un modo u otro. ¿Cómo? No sé; lo que sí sé es que hay que encontrarlo. Hay que encontrarlo: ese es mi lema. (Una carta atada a una piedra y rompiendo un cristal es arrojada al medio de la escena.)

MANUEL ¡Ah! ¿qué es eso?

RICHARD. ¡Un papel atado a una piedra!

SHERLOCK Veamos. (Lee.) «Señor Sherlock: no fatigue usted su entendimiento en deducciones después del cansancio de su viaje a París. El billete número 14,213 premiado, se halla en mi poder. Lo que os participo para lo que servir pueda la noticia, dándole a usted la bienvenida a esta de París, queda de usted afectísimo, su admirador, *Arsenio Lapin.*» ¿Lapin?... no sé quien es.

MANUEL Un ladrón de levita, que en poco tiempo se ha hecho famoso en París.

LAURETA Es un original, según dicen los periódicos.

RICHARD. Su primer presentación, si bien no es original, demuestra que tiene mucha fuerza de brazo para hacer llegar una piedra a la altura de un tercer piso.

SHERLOCK Desde los balcones de enfrente puede arrojarse con suma facilidad. Bueno; ya sabemos que el poseedor del famoso billete, número 14,213, es Arsenio Lapin. Ahora

sólo falta saber qué condiciones serán las suyas para terminar el asunto.

MANUEL Sean las que sean, acéptelas usted.

GEORGINA Sí, sí; acéptelo usted todo.

SHERLOCK Sobre esto hay mucho que hablar. Señores, permitan ustedes que nos retiremos. Como dice acertadamente Lapin en su misiva, nos hallamos fatigados del viaje, y precisa dar descanso al cuerpo y a la inteligencia. De todas maneras, si algo ocurriera extraordinario, no se olviden que en el hotel de Francia, durante nuestra estancia en París, estaremos a su disposición día y noche. No lo olvide usted, señora. Hotel de Francia, calle de Rívoli.

GEORGINA No lo olvidaré.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Cuadro III

Presentación de Lapin

Habitación de Sherlock Holmes en el hotel de Francia. Puerta de entrada en el fondo derecha. Dos puertas en la lateral izquierda.

ESCENA PRIMERA

Un CAMARERO junto a la puerta primera izquierda dirigiendo la palabra al interior de las habitaciones. En seguida SHERLOCK y RICHARDSON por la izquierda.

CAMARERO ¿Los señores quieren tomar el thé en seguida? ¿Aquí, en el saloncillo? Muy bien. Al momento quedarán servidos. (Vase por el fondo.)

SHERLOCK (Saliendo y continuando la conversación.) No lo dudéis, amigo Richardson, tengo la seguridad de que no veremos terminar el día sin recibir la visita de la esposa de don Manuel.

RICHARD. ¿Permitid, maestro, que pregunte en qué fundáis vuestra afirmación?

SHERLOCK En que la señora Georgina no es ajena al cambio del secreter regalo de su señor cuñado, nuestro amigo Walton.

RICHARD. ¿Persistís en tal idea?

SHERLOCK Me afirmo cada vez más en ella. Creo que nos hallamos en segura pista.

RICHARD. ¿Y podemos creer que la esposa de don Manuel conocía la existencia del billete de lotería guardado en el mueble en cuestión?

SHERLOCK Sobre ese punto dudo mucho en afirmarlo, pues una idea me desvanece otra idea, quedando las dos sin lógica de precisión.

RICHARD. A mi entender...

SHERLOCK Silencio. Alguien se acerca.

ESCENA II

Dichos y el CAMARERO con servicio de thé

CAMARERO ¿Hay permiso?

SHERLOCK Adelante.

CAMARERO Aquí está el thé. (Coloca el servicio en la mesita del primer término izquierda.)

SHERLOCK Puede usted retirarse. Nosotros nos serviremos.

CAMARERO Como los señores gusten. (Vase. Siéntanse, sírvense el thé y Sherlock enciende su pipa.)

SHERLOCK Continuemos.

RICHARD. Decía que a mi entender, hallándose el billete premiado con el millón de francos en manos del tal Lapin, el secreter que lo guardaba, también debe estar en su poder.

SHERLOCK Es lógico. Pero aquí se trata de algo mucho más interesante que el billete. Un millón de francos incobrables no es nada comparado con un secreto de familia que puede destruir la felicidad o la honra de alguna persona.

RICHARD. Convengo en ello, maestro. El asunto que nos ha traído a París, va resultando una madeja cada vez más enredada.

SHERLOCK Cuanto mayor sea su enredo, más empeño habrá en nosotros para seguir en la empresa, hasta conseguir un feliz desenlace. Precisa para ello no desperdiciar de-

talle, ni desperdiciar una sola palabra del curso de los acontecimientos que se preparan. Ese Arsenio Lapin, firmante de la carta que ayer fué arrojada a nuestros pies en casa de don Manuel, ese Lapin...

RICHARD. Lapin; palabra que en francés significa *conejo.*

SHERLOCK Ciertamente, conejo. Pues bien, ese conejo nos dará mucho qué hacer. Ya lo verá usted, ya lo verá usted.

RICHARD. ¡ Bah ! no creo yo que el tal Lapin sea un segundo Raffles ni mucho menos.

SHERLOCK Quizá nos resulte un mucho más. No adelantemos los sucesos, amigo Richardson.

ESCENA III

Dichos y el CAMARERO

CAMARERO ¿Hay permiso?

SHERLOCK Adelante.

CAMARERO Una señora solicita ser recibida por los señores.

SHERLOCK Hacedla pasar en seguida. (Vase el Camarero.) ¿Véis lo que decía? La visita no se ha hecho esperar; la presentía. (Se levantan.)

RICHARD. ¿Creéis que sea?...

SHERLOCK La esposa de don Manuel.

ESCENA IV

Dichos y doña GEORGINA

GEORGINA Caballeros...

RICHARD. (La misma.)

SHERLOCK Pase usted, señora. Era usted esperada.

GEORGINA ¡ Cómo !

SHERLOCK No se asuste usted, señora. No tenga recelo alguno en mostrarse explícita. Siéntese usted y háblenos con entera franque-

za. Somos todo oídos. (La invita a sentarse en el sillón de la derecha. Sherlock y Richardson en sillas volantes a su izquierda.)

GEORGINA Puesto que usted me anima a ello, señor Sherlock, entraré sin rodeos en el objeto de mi visita, diciendo que el cambio del secreter de mi casa, es obra mía.

SHERLOCK Lo sospechaba.

GEORGINA Eso es lo que comprendí en usted; y por eso vengo a dar las razones que me obligaron al referido cambio.

SHERLOCK Escuchamos atentamente.

GEORGINA Como he dicho, el cambio del secreter es obra mía. Sí; yo misma he verificado el cambio del mueble, en ausencia de mi marido y con la ayuda de un mozo de cuerda, ignorante en todo de mis intenciones.

RICHARD. Esto es decir que el secreter en cuestión se halla en vuestro poder.

GEORGINA No. El secreter fué enviado a mi hermana, la esposa del doctor Walton.

RICHARD. Entonces se halla en Londres.

GEORGINA Tampoco. Así me lo escribe mi hermana, y esto es lo que no comprendo y me desespera. (Mostrando una carta que Sherlock lee para sí.)

RICHARD. ¡Diablo! ¡La situación se complica por momentos!

SHERLOCK Usted, señora, ¿sabía que el secreter contenía el billete de lotería?

GEORGINA No, señor.

SHERLOCK ¿Y los cuatro billetes de quinientos francos?

GEORGINA Sí. Por eso puse en el otro la cantidad de dos mil francos.

SHERLOCK Pero a todo esto, usted, señora, no nos dice el por qué del cambio de secreters.

GEORGINA Porque mi hermana me lo reclamaba...

SHERLOCK ¿Sabedora del billete premiado?

GEORGINA Todavía no se había verificado el sorteo.

SHERLOCK Ruego a usted, señora Georgina, que nos

hable con completa confianza, y sin omitir ningún detalle de todo cuanto sepa.

GEORGINA Es que hay cosas, señores, que no sé si me atreva...

SHERLOCK Sin el menor recelo puede usted fiar en nuestra discreción. La claridad de conceptos nos servirá de mucho, tanto para llegar a la solución del conflicto, como para evitar que en nuestro camino demos un paso en falso, en perjuicio de su persona, cosa que sentiría mucho, pues creo comprender que usted, siendo la más comprometida en este caso, es la más inocente.

GEORGINA ¡ Oh, cómo adivina usted los pensamientos, señor Sherlock ! ¡ Cómo penetra usted en lo más recóndito del alma ! Me maravillan sus deducciones. ¡ Ah ! bien dicen : *nadie más fuerte que Sherlock Holmes.*

SHERLOCK Señora...

GEORGINA Sí, sí, lo diré todo ; todo lo que sé, sin olvidar el menor detalle.

SHERLOCK No esperamos otra cosa de su sinceridad.

GEORGINA En mi viaje a Londres, hace dos meses, encontré a mi hermana Adelaida grandemente abatida. Al preguntarle la causa de su tristeza, al fin un día díjome estas mismas palabras : —Hermana ; si es verdad que me quieres, si es cierto nuestro fraternal cariño, júrame, por lo que más ames en el mundo, que sin preguntarme el motivo, cumplirás el encargo que voy a hacerte. —Juro, por la salud de mi hija, cumplir lo que desees—dije yo. —Pues bien ;—continuó mi hermana—cuando llegues a París, remíteme, sin abrirlo, el secreter que os regaló mi marido : remítemelo enseguida sin que tu esposo Manuel se entere de nada.

SHERLOCK Extraña petición.

GEORGINA Tan extraña, que a pesar de mi juramen-

to, insistí en conocer la razón de tal envío. Adelaida me contestó: —No quieras saber el motivo. Obedéceme y así labrarás la felicidad de muchas personas que nos son muy queridas. Yo había jurado por la salud de mi hija, y obedecí.

SHERLOCK Perfectamente.

GEORGINA Llegué a París y no me costó gran trabajo encontrar un secreter de igual modelo al que poseíamos, para verificar el cambio sin ser notado de nadie, ni abrir el secreter, como había prometido a mi hermana. Esta es toda la verdad. ¡Si he mentido, la maldición de Dios caiga sobre mi cabeza! (Ligera pausa.)

SHERLOCK ¿Ha dicho usted que para efectuar el cambio del secreter se valió usted de un mozo de cuerda, no es así?

GEORGINA Efectivamente.

SHERLOCK ¿Le conocía usted?

GEORGINA No.

RICHARD. ¿Ni recuerda el número de su chapa?

GEORGINA Tampoco. Tan azorada estaba yo por el temor de que Manuel y mi hija, que se hallaban de paseo, llegasen de un momento a otro y descubrieran mi trama, que no se me ocurrió ese natural detalle.

SHERLOCK ¿Dónde compró usted el secreter del cambio?

GEORGINA En los almacenes del Louvre.

SHERLOCK El mozo de cuerda, ¿dónde lo tomó usted?

GEORGINA En la esquina de la calle Colbert.

SHERLOCK ¿Fué él quien ofreció sus servicios?

GEORGINA Al contrario; fuí yo quien los solicité. Por cierto que ahora recuerdo que se resistía a servirme. Pero tanto insistí, ofreciéndole una buena propina, que por fin aceptó el encargo de seguirme al Louvre, cargar con el secreter, llevarlo a casa y facturar después el del cambio.

SHERLOCK ¿El mismo le hizo a usted entrega del talón del ferrocarril?

GEORGINA Sí, y él mismo echó al correo la carta para mi hermana, conteniendo el susodicho talón de envío.

SHERLOCK Fatal imprevisión la de usted, señora, no obrando con más cautela.

GEORGINA El temor de ser sorprendida, fué causa de mi precipitación en todo. Ahora lo comprendo.

SHERLOCK Su hermana Adelaida, dice en su carta: (*Lee la que Georgina le entregó.*) «Querida hermana: Me sorprende mucho no tener noticias tuyas, ni haber recibido el sagrado encargo que te hice del secreter. Contéstame sin pérdida de tiempo.» ¿Qué le contestó usted?

GEORGINA Que por mi parte había cumplido en todo, y me extrañaba grandemente su carta.

SHERLOCK Ciertamente que es de extrañar.

GEORGINA ¡Ah, señor Sherlock! ¡Con tan grande complicación, comprendo que todo se ha perdido, todo!

SHERLOCK No; no se ha perdido todo, no. Sus francas declaraciones, señora, si bien agrandan el asunto, despejan algo el horizonte de ciertas dudas que anoche me preocupaban.

GEORGINA La duda de que si yo engañaba a mi esposo, ¿no es cierto?

SHERLOCK Cierto, señora. Confieso que esta fué mi primera duda. Perdóneme...

GEORGINA No necesitáis disculpa ninguna. Las circunstancias me acusaban por completo.

ESCENA V

Dichos y el CAMARERO

CAMARERO Con permiso. Un caballero, que dice llamarse don Manuel Walton, pregunta por los señores.

GEORGINA ¡ Mi esposo ! ¡ Oh, quizá haya seguido mis pasos.

SHERLOCK No hay temor. Por la habitación del amigo Richardson hay salida. Guiad a la señora.

GEORGINA El cielo os premie cuanto hacéis por mí, señor Sherlock.

SHERLOCK Es mi deber.

RICHARD. Por aquí, señora. (Vanse por la segunda izquierda.)

SHERLOCK Haced pasar a este caballero. (Vase el Camarero.) Casi puede asegurarse que los celos son el principal motivo de esta visita.

ESCENA VI

SHERLOCK y don MANUEL

MANUEL Señor Sherlock, seguramente no me esperaba usted ; pero los recelos que han nacido en mi corazón, pueden dispensar mi proceder en estos momentos.

SHERLOCK Calme usted su agitación, caballero. En las actuales circunstancias todo le es a usted disculpable.

MANUEL ¡ Oh ! no sabe usted el bien que me hacen sus palabras. Ellas me animan para confesar que...

SHERLOCK Sospecha usted de su señora esposa, ¿no es eso?

MANUEL Tengo fundado motivo para ello.

SHERLOCK Deseche usted todas sus dudas, sean las que fueren. Confíe en mi asiduidad, y no dude un solo momento de la fidelidad de su señora esposa. No es en ella donde debe existir la duda, no.

MANUEL Pero la prueba del cambio del secreter es evidente.

SHERLOCK Sí : evidente es.

MANUEL ¿Y el billete se halla en poder de Lapin?

SHERLOCK Así parece.

MANUEL ¿Cómo se comprende este caso?
SHERLOCK De eso trato; de comprenderlo.
MANUEL Lo que es yo me vuelvo loco.
SHERLOCK Ni desesperación ni locura. Calma, mucha calma, ya llegaremos al fin.
MANUEL ¿Tiene usted esperanza?
SHERLOCK Tengo el hilo de la enredada madeja. Precisa tirar de él con gran suavidad, para llegar al fin.
MANUEL En usted confío, y a su disposición quedo en todo y para todo.
SHERLOCK No hay que desmayar, ánimo, ánimo.
MANUEL Procuraré tenerlo.
SHERLOCK No dudando del triunfo, se toma gran aliento para conseguirlo. Ese es mi sistema.
MANUEL Las palabras de usted me devuelven la vida. ¿Cuándo podremos vernos nuevamente?
SHERLOCK Cuando pueda proporcionarle seguras y buenas noticias.
MANUEL El cielo quiera que sea pronto.
SHERLOCK Ese es todo mi afán. Adiós.
MANUEL Adiós. (Apretón de manos y vase don Manuel por el fondo derecha.)

ESCENA VII

SHERLOCK y en seguida RICHARDSÓN por la segunda puerta de la izquierda.

SHERLOCK La fatalidad de su àngustiosa situación le tiene loco. No hay para menos.
RICHARD. ¿Marchó ya?
SHERLOCK Sí. ¿Y la señora Georgina?
RICHARD. Salió sin ser vista de nadie.
SHERLOCK Perfectamente. Ha transcurrido gran parte de la mañana con repetidas explicaciones.
RICHARD. A mi entender no se ha perdido el tiempo.

SHERLOCK No se ha perdido, no. Pero hora es ya de ponernos en acción.

RICHARD. A ello estoy siempre pronto. ¿Qué hay que hacer, maestro?

SHERLOCK Disponernos para salir en busca del mozo de cuerda que condujo el secreter a la estación del ferrocarril.

RICHARD. Es lo más práctico.

SHERLOCK Si damos con él tendremos una buena pista. ¿No dijo la señora Georgina que halló al tal mozo en la calle de Colbert?

RICHARD. Sí, eso dijo.

SHERLOCK ¿Dónde se encuentra esa calle?

RICHARD. Pronto lo sabremos. Precisamente ayer noche compré a un chicuelo que las vendía, una guía de París. En el bolsillo de mi gabán debo tenerla, pues aun no la he consultado. (Va por su gabán que se halla en una silla del fondo derecha.)

SHERLOCK Venga la guía.

RICHARD. Sí; no me engaño. Aquí está. (Al abrirla cae de ella una tarjeta.)

SHERLOCK ¿Eh? ¿qué es lo que cayó?

RICHARD. ¿Qué?

SHERLOCK Una tarjeta. (Leyéndola.) «Arsenio Lapin.»

RICHARD. ¡Otra vez ese nombre!

SHERLOCK Otra vez, sí. (Quedando pensativo.)

RICHARD. El caso ya pica en historia.

SHERLOCK ¡Siempre Lapin!

RICHARD. Verdaderamente ese Lapin va resultando un misterioso conejo.

SHERLOCK Ya os dije que ese conejo nos daría mucho qué hacer.

RICHARD. Será preciso darle caza.

SHERLOCK Dudo que se ponga a tiro.

RICHARD. Pues si no con escopeta, con trampa.

SHERLOCK Con trampa será mucho mejor; pero para ello necesitamos conocer su madriguera. (Llaman con dos golpecitos a la puerta del fondo.)

RICHARD. Llaman.

SHERLOCK (Saliendo de su abstracción.) Adelante, quien sea.

ESCENA VIII

Dichos y RAFFLES bajo el nombre de LAPIN, que aparece caracterizado e imitando exactamente el traje del Camarero, con bandeja y tarjeta que presenta a Sherlock.

SHERLOCK Otra visita. (Lee la tarjeta.) ¡Arsenio Lapin!

RICHARD. ¡Lapin! ¡dichoso Lapin!

SHERLOCK Hágale usted pasar.

RICHARD. Por fin vamos a conocer al ingenioso bromista.

SHERLOCK Veremos quién será él. (Reparando en el que cree es el Camarero, que no se ha movido.) ¿No ha oído usted? Que pase ese... caballero.

LAPIN Ese caballero no puede pasar.

SHERLOCK ¿Por qué razón?

LAPIN Porque ya pasó. Ya está aquí. (Quitándose peluca y patillas.) Servidor de ustedes.

SHER. Y RIC. ¡Raffles!

LAPIN El mismo. Raffles, que debía una visita de cumplimiento al gran detective Sherlock Holmes, y que no pudiendo visitarle en su casa de Londres, aprovecha la ocasión de su estancia en París para venir a cumplir la promesa.

RICHARD. ¡Parece increíble tanto atrevimiento!

LAPIN ¿Atrevimiento? ¡Bah! Una ligera broma de presentación y nada más. Una broma convenida con el verdadero camarero del hotel, el cual me prestó el mandil y bandeja al asegurarla que sólo se trataba de dar una pequeña sorpresa a mis dos buenos amigos Sherlock y Richardson.

RICHARD. ¿Amigos nos titula usted?

LAPIN Amigos queridísimos... y aquí en París mucho más que en Londres. Aquí, amigo Richardson, no puede usted nada contra mi persona. Nos hallamos en terreno neutral. Esta sala del hotel de Francia dista

mucho de ser la severa estancia del inspector general de policía, en Londres.

RICHARD. Y así y todo huyó usted. ¿No es eso lo que quiere usted significar?

LAPIN Ciertamente, huí; ¿y sabe usted por dónde? ¿No lo sabe todavía?

RICHARD. Ni me interesa. El caso es que usted desapareció protegido por la obscuridad.

LAPIN Y pasando por encima de la otomana, descalzo, para no meter ruido y para no ser atropellado por los polismans que se daban de puñetazos unos a otros. Fué un lance gracioso... cuando menos para mí.

RJCHARD. ¿Y qué hicisteis de la señora Eva, la esposa de James Mallins?

LAPIN ¿Eva? ¡Ah! sí. Un capricho de viaje. Llegamos a París, y... nada, rompimos nuestra amistad sin más consecuencias que unas lágrimas de despecho, y el placer de llamarme ¡infame! en una postal que me dirigió hace ocho días; postal con el retrato de un famoso domador de leones, un tal monsieur Roberts, al que es de creer se habrá unido.

SHERLOCK Permitidme, señores, que ataje tan interesante conversación. El tiempo es oro, y no conviene desperdiciarlo.

RICHARD. Perdonad la digresión, maestro.

LAPIN Sí, perdonad nuestra charla. El carácter francés, y sobre todo el parisién, es comunicativo, hablador.

SHERLOCK Aquí, por lo pronto, lo que interesa es saber con quién tratamos: con Raffles o con Lapin.

LAPIN Raffles en Londres, Lapin en París, Vampa en Italia, y el nombre que mejor os plazca en España y en Turquía. Ved en mí al hombre que os convenga más.

SHERLOCK Al presente me conviene hablar con Arsenio Lapin.

LAPIN ¿Lapin? Perfectamente. A Lapin podréis hallarlo mañana por la noche, a las ocho

en punto, en su casa, que es la vuestra, en la Avenida del Bosque de Bolonia, número cincuenta y siete, duplicado. Atravesando la plaza de la Concordia, los Campos Elíseos, y una vez en el Arco de la Estrella, quinta bocacalle a mano izquierda.

SHERLOCK Agradezco vuestra guía de forasteros. (Irónicamente.)

LAPIN La dirección no tiene pérdida.

SHERLOCK A las ocho en punto. No faltaré.

LAPIN ¡ Puntualidad inglesa !

SHERLOCK Eso siempre.

LAPIN Igual que yo. Siempre a vuestra disposición, señores. Repito : siempre a vuestra disposición. (Vase por el fondo derecha.)

RICHARD. Verdaderamente es audaz.

SHERLOCK Mucho. En ello fía todos sus éxitos. Mas un día u otro su misma audacia le perderá. Conviene apresurar ese día por todos los medios posibles.

RICHARD. La cita fijada para mañana a las ocho, ¿no os inspira alguna sospecha? ¿Por qué tanto retardo?

SHERLOCK Lo ignoro; pero en breve lo sabremos. Por lo pronto conviene no perderlo de vista. Vamos, Richardson.

RICHARD. ¿En busca del mozo de cuerda?

SHERLOCK No. A las carreras de caballos en el hipódromo de Longchamps.

RICHARD. No comprendo...

SHERLOCK Allí se encuentra algo que nos servirá de mucho para el mayor éxito de nuestra misión en París.

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

El Jockey Colin

En el Bosque de Bolonia. Interior de chalet de bebidas. Puerta de entrada en primer término derecha. Por todo el fondo cristalería por la cual se divisa el bosque. Mostrador a la izquierda, detrás una puerta. Mesas sillas sencillas y elegantes. Por las paredes anuncios de licores y carteles de las carreras de caballso.

ESCENA PRIMERA

PAULINA, tras el mostrador, TOURNIQUET en traje de ciclista apoyando la espalda en su bicicleta bebiendo un doble de cerveza en el mismo mostrador. En una mesa, JAMES MALLINS y el CORONEL MERRYL, de paisano.

TOURNIQ. De manera que las carreras de hoy, están más animadas que de costumbre ¿eh?

PAULINA Esa es mi opinión, a juzgar por los innumerables carruajes que desde las once de la mañana he visto pasar por allá en dirección a la puerta de la Cascada. (Señalando por el fondo.)

TOURNIQ. ¿Y a qué crees tú que obedece tal animación, eh?

PAULINA A que hoy se corre el premio Des-Cars.

TOURNIQ. Ya es una razón ; pero otras muchas veces se ha corrido ese premio, y sin embargo, la concurrencia no ha sido cosa del otro mundo, ¿eh?

PAULINA No sé. Lo que sí puedo aseguraros es que

los bokmakers hoy andan muy atareados por las muchas apuestas que se cruzan desde primera hora.

TOURNIQ. ¡Bah! los bokmakers, como buenos agentes de las apuestas, lo que les interesa es animar las carreras. No te parecé, ¿eh?

PAULINA Claro que sí. Igual que a ustedes, los *reporters,* en el acopio de noticias está el éxito del periódico. ¿Verdad, señor Tourniquet?

TOURNIQ. Verdad que sí. Por eso me dirijo a ti, hermosa Paulina, para que me proporciones las primeras notas de mi carnet deportivo, ¿eh? ¿digo algo?

PAULINA Eso es nombrarme redactora de vuestro *Paris-Sport,* pero sin sueldo, ¿eh? ¿Digo algo yo también?

TOURNIQ. Ya lo creo que dices. Tus ojos lo dicen todo. ¡Qué ojos, Paulina, qué ojos los tuyos! Por ellos estoy loco.

PAULINA ¿Por ellos nada más?...

TOURNIQ. Por ellos, como a punto de partida para el recorrido total de tu interesante persona.

PAULINA Señor Tourniquet, pare usted la carrera, que se va de la pista sin notarlo. (Continúan la conversación en voz baja.)

CORONEL Paréceme que el reporterillo ese se precipita.

JAMES La mocita vale la pena. ¡Caramba! Es una morenita de mucho *sprit.*

CORONEL Señor James Mallins..... ¡Cómo es eso! ¿Tan pronto echáis al olvido a vuestra espléndida Eva?

JAMES ¡Olvidarme de ella! de ninguna manera. Al contrario, los negros ojos de ésta es lo que me recuerda a la otra, que es mi vida.

CORONEL ¡Ah! ¡vamos! Vivís de recuerdos.

JAMES ¡Vivo de milagro, Coronel, de milagro! Desde el día que el infame Raffles me arrojó del automóvil llevándose a mi Eva, no encuentro sosiego en ninguna parte;

no duermo, no como, no bebo, no bebo... (Bebiendo un bok.)

CORONEL ¿Pues y este bok...?

JAMES No bebo, ni como, ni duermo con tranquilidad, quiero decir.

CORONEL ¡Ah, ya!

JAMES Prueba de ello. Desde el momento que se me dijo que Eva se hallaba en París he venido sin perder momento. Todo inútil. En vano la busco por teatros, conciertos, bailes y por cuantos lugares se prestan a la reunión de personas. Nada, nada absolutamente. Ni el menor indicio. Y sin embargo, ayer me aseguraron nuevamente que Eva se hallaba en París, que se la ha visto en un carruaje por el boulevard de los Capuchinos, en compañía de un señor de grandes bigotes.

CORONEL ¿Grandes bigotes? Pues no será Raffles.

JAMES ¡Quién sabe! Quizá se los ha dejado crecer, o los llevará postizos. De todo le creo capaz.

CORONEL ¡Oh! pues si Eva positivamente está en París, un día u otro daréis con ella.

JAMES Esto es lo que me anima a recorrer toda la ciudad, desde el bosque de Bolonia al de Vincennes. Seis días ha que vengo a las carreras de caballos, para ver si la casualidad me protege. Nada, nada, ni el menor rastro. Lo que llevo gastado en esta Babel, ni siquiera lo anoto por no asustarme. Anteayer, en las carreras, aposté quinientos luises, y...

CORONEL Y desgraciado en amores, afortunado en el juego, ¿no es verdad eso?

JAMES Yo soy desgraciado en todo, señor Merryl, en todo. Perdí los quinientos luises, y ayer perdí quinientos más buscando el desquite.

CORONEL Quizá hoy ganéis, ¡qué diablo!

JAMES No, hoy tampoco ganaré. Estoy seguro de ello.

CORONEL Pesimista sois. ¿Por qué razón no podéis ganar?

JAMES Porque no apostaré un sueldo.

CORONEL Así se comprende. (Beben.)

PAULINA Vaya, vaya, señor Tourniquet, vuestras promesas son muy ampulosas para ser creídas.

TOURNIQ. No les concedéis crédito alguno, ¿eh?

PAULINA No me gusta vivir de ilusiones.

TOURNIQ. Lo que te digo es más fijo que la torre Eiffel.

PAULINA La torre Eiffel es muy alta, señor mío.

TOURNIQ. Señor tuyo dices, ¿eh? A ser tuyo es a lo que aspiro. Tuyo, tuyo hasta...

PAULINA ¿Hasta el próximo número del *París-Sport*, eh?

TOURNIQ. ¡Ah! ¡Eres atroz, Paulina, atrozmente atroz! Mira, para darte una prueba de mi amor, voy ahora mismo a apostar veinticinco luises al caballo «Rayo». Si gano, te convido esta misma noche a cenar al Olympia; mañana, a comer en casa Margarit; pasado mañana en Versalles, y después donde quieras, ¿eh? ¿qué te parece?

PAULINA Lo que me parece es que con tanta comilona voy a coger una indigestión.

TOURNIQ. Pide lo que quieras por esa boquita de cielo y lo verás realizado.

PAULINA ¿Por qué caballo apostáis?

TOURNIQ. Por «Rayo», color azul. ¿Qué dices?

PAULINA Si ganáis, ya hablaremos. (Siguen hablando en voz baja.)

JAMES ¿Color azul, ha dicho?

CORONEL Sí, azul.

JAMES Apostaré cien luises.

CORONEL ¿Cómo es eso, señor James? Pues no decíais...

JAMES Esos periodistas tienen buen olfato. Precisa tomar el desquite. (Apuntando en su carnet.)

TOURNIQ. Siendo para ti ya no dudo que ganaré.

PAULINA No cante usted todavía victoria, que la suerte, como las mujeres, es muy caprichosa.

TOURNIQ. La inspiración lo puede todo.

PAULINA Tiemblo por vuestros veinticinco luises.

TOURNIQ. Y yo tiemblo de gozo por la felicidad de cenar contigo esta noche en l'Olympia.

JAMES ¿De manera, Coronel, que usted no se ausentará de París hasta pasados ocho días?

CORONEL Ocho días, por lo menos.

JAMES Celebro infinito su encuentro. No nos separaremos durante el tiempo que tenga usted libre, ¿verdad?

CORONEL Estamos a 28, hasta el 5 del próximo mes, nada me resta que hacer.

JAMES ¡Bravísimo! ¿Vámonos ya a la pista? (Se levantan. Paulina va a cobrar.) Toma, hermosa Paulina, toma. (Dándole una moneda de plata. Ella va a darle la vuelta.) No, quédate con la vuelta, que bien la mereces. Yo también apuesto por el color azul; quiero seguir la suerte de tu galanteador.

PAULINA Muchas gracias, caballero. (Vanse James y el Coronel. Paulina retira el servicio.)

TOURNIQ. ¿Qué te ha dicho ese señor tan feo?

PAULINA Una tontería; que él también apostaba por el color azul.

TOURNIQ. ¿Azul? (Pues yo apostaré por el rojo.) Adiós, Paulina; hasta la vuelta.

PAULINA Adiós, y procure ganar... ¿eh?

TOURNIQ. (Lo dicho, dicho; por el color rojo, por el rojo.) (Vase por la derecha y se le ve cruzar por el fondo, montado en bicicleta.)

ESCENA II

PAULINA

PAULINA Ese Tourniquet es un verdadero torniquete en todas sus acciones. Si gana en

las carreras, no me costará gran trabajo lograr que me compre un vestido de doscientos francos. ¡ Cáspita ! no todo ha de quedar en los restaurants.

ESCENA III

PAULINA. Después, COLIN, en traje de jockey, blusa y gorra azul. A poco, LAPIN, traje elegantísimo de ciclista

COLIN (Entrando.) ¿Todavía no?... Mucho tarda.

PAULINA Hola, ¿sois vos, señor Colin? ¿Cómo es eso? ¿Abandonáis las carreras?

COLIN Para mi salida falta todavía una hora...

PAULINA ¿Qué caballo corréis?

COLIN El Rayo.

PAULINA ¿De las caballerizas del vizconde de Vernet?

COLIN El mismo.

PAULINA En las pasadas carreras ganastéis el primer premio.

COLIN Siempre el primero en todo.

PAULINA Haréis rico a vuestro amo.

COLIN Ya lo es por herencia.

PAULINA Y por simpatía. Es un bravo mozo. (Lapin, montado en bicicleta, cruza de izquierda a derecha, por el foro.) Vedle ; aquí llega ya.

COLIN Por fin. ¡ Ya era hora !

LAPIN (Entrando.) Así me gusta, Colin. La puntualidad te caracteriza.

COLIN Señor vizconde, ya sabéis mi divisa : siempre el primero.

LAPIN Hoy no será así.

COLIN ¿Cómo?

LAPIN Silencio. Paulina... Cognac Martel.

PAULINA Al momento. (Apresurándose a servirles.)

COLIN Señor, permitidme que os diga que no comprendo...

LAPIN Silencio, repito.

PAULINA (Lo dicho, dicho ; es un guapo mozo.) (Vase al mostrador.)

LAPIN Al decirte *no será así,* he querido significar que hoy no has de llegar a la meta sino en tercer o cuarto término, y no te digo el último, por no infundir sospechas a tus partidarios. ¿Vas comprendiendo?

COLIN Lo que comprendo, señor, es que los bokmakers pregonan el color azul a dos contra uno, y el azul es nuestro color.

LAPIN Torpe. ¿No comprendes que si bien es cierto que en favor de mi caballo el Rayo, he apostado diez mil francos, valiéndome de un amigo, llevo invertidos treinta mil en contra de mí mismo.

COLIN Voy comprendiendo.

LAPIN Por eso te repito que hoy has de olvidar tu divisa de «siempre el primero». Este es el juego de la *gana-pierde.*

COLIN Pero reparad, señor, que aquí quien pierde es mi fama de jockey.

LAPIN ¿Y cuánto vale eso... que tú titulas tu fama?

COLIN El señor vizconde la puede valorar mejor que yo.

LAPIN ¿Digamos cinco mil francos?...

COLIN ¿Habéis dicho diez mil?

LAPIN Sea lo que tú quieras, mientras cumplas lo que deseo.

COLIN Llegar a la meta el tercero, ¿no es eso?

LAPIN Precisamente; pero todo ello con la más perfecta rabia del fracaso, que constituye mi éxito.

COLIN Perded cuidado, Colin será un verdadero Coquelin actor.

LAPIN Pláceme el juego del vocablo, y...

COLIN Y la ganancia de quince mil francos si no mienten las matemáticas.

LAPIN Señor Pitágoras, refrenad vuestra lengua, no os precipitéis.

COLIN La refrenaré, igualmente que a mi caballo la brida en el tercio de la carrera.

LAPIN Perfectamente. En ese tercio está tu ganancia. ¿Entendidos?

COLIN — Entendidos.

LAPIN — ¿Conformes?

COLIN — Conformes. (Beben.)

PAULINA — (No sé porqué barrunto que los veinticinco luises de Tourniquet puestos al color azul corren gran peligro.)

LAPIN — Separémonos, y a lo dicho.

COLIN — A lo dicho, señor vizconde. (Vase Colin por la derecha viéndosele cruzar por el fondo de derecha a izquierda.)

LAPIN — Cobra, Paulina.

PAULINA — Gracias, señorito.

LAPIN — ¡Veinte mil francos!... Poco es; pero ¡bah! no puede decirse que se haya perdido el día. (Vase, viéndosele cruzar por el fondo de derecha a izquierda montado en la bicicleta, al mismo tiempo que por la derecha aparecen Sherlock y Richardson.)

ESCENA IV

PAULINA, SHERLOCK y RICHARDSON

SHERLOCK — (Desde el fondo.) ¿Véis que os decía? Nuestro conejo en bicicleta.

RICHARD. — Conviene no perderle de vista.

SHERLOCK — No hay cuidado. Por mucho que corra no escapará. (Vanse tras él.)

MUTACIÓN

Cuadro V

El hipódromo de Longchamp

Al oeste las colinas de Saint-Cloud y de Suresnes, dominadas por el perfil de Mont Valarien. Varios coches y automóviles agrupados por toda la escena, dejando libre el centro, por el cual, a su tiempo, se verán correr los caballos montados por jockeys. A la izquierda, se ve la punta de un elevado toldo, que es el principio de las tribunas, que se pierden dentro de bastidores. El coche que más domina debe ser practicable y se halla junto al bastidor de la izquierda. Mucha luz y animación.

ESCENA PRIMERA

EVA y Mr. ROBERTS en lo alto del coche de la izquierda. TOURNINIQUET, encaramado en la rueda de otro coche, cuyo techo le sirve de pupitre para tomar notas. Todas las señoras con sombrillas, muchos caballeros con gemelos de campaña. Un fotógrafo tira una instantánea. Al principio del cuadro mucha animación y aplausos.

VOCES ¡ Bravo ! ¡ Bravísimo ! ¡ Bien por Fanny !

OTRAS ¡ Bien por el color amarillo ! ¡ Bien ! ¡ Bravo !

OTRAS ¡ Triunfó Saint-Cyr ! ¡ Triunfó !

TODOS ¡ Viva !

TOURNIQ. (Bajando de la rueda y entregando notas a un chicuelo.) Toma, Rodillo, toma estas notas, monta en tu bicicleta, y al teléfono con ellas. Vuelve en seguida. (El chicuelo vase corriendo por la izquierda.) Las carreras están brillantes. El número *París-Sport* esta noche será un éxito. Quince minutos de descanso. Voy a ver si aprovecho el tiempo tirando alguna instantánea. (Prepara su máquina y vase por la derecha.)

EVA (Que ha descendido del carruaje.) ¡ Qué sofocación ! Estoy sedienta. Roberts, querido Roberts, ¿ quieres traerme un refresco de agraz?

ROBERTS ¿ Dónde le hay?

EVA En cualquier tienda de tela gris. (Señalando a la izquierda.) Mira, allí, junto al Ring.

ROBERTS ¿ El lugar destinado al peso de los jockeys?

EVA Allí mismo, sí.

ROBERTS Voy al momento. (Vase.)

EVA No sé si ha sido ilusión de mi vista, o desde lo alto del coche he creído reconocer a Raffles en traje de ciclista.

ESCENA II

Dichos y LAPIN, montado en bicicleta

LAPIN — Paso, ¡ eh ! ¡ paso !...

EVA — El mismo, sí ; no me engaño, él es.

LAPIN — ¿Qué? ¡ Ah !... ¿Usted por aquí, señora de Mallins?... digo, señora de Roberts.

EVA — Diga usted, señora de nadie, y estará usted en lo cierto.

LAPIN — ¡ Oh, no ! Una belleza como la suya no puede hallarse nunca en el abandono.

EVA — Sarcástico està mi ex Raffles.

LAPIN — Lapin, señora, Lapin, o mucho mejor vizconde de Vernet.

EVA — Vernet, Raffles o Lapin, para mí es enteramente igual, pues por todos ellos me veo despreciada. ¡ Infame !

LAPIN — No hay que desesperarse, señora.

EVA — ¿Por qué me juró usted el amor en Londres?

LAPIN — Por la misma razón de que en París deshice el juramento : no lo sé.

EVA — Esto no es contestar.

LAPIN — Esto es decir la verdad.

EVA — ¿Y usted sabe de lo que es capaz una mujer que se ve despreciada injustamente?

LAPIN — Supongo que de cualquier injusticia.

EVA — El placer de la venganza es el licor de los Dioses.

LAPIN — Muy elevada está usted de conceptos.

EVA — Yo soy de las que saben vengarse.

LAPIN — No caiga usted en la vulgaridad, y permítame que ponga punto final a la conversación, pues mi caballo, el Rayo, reclama mi atención.

TOURNIQ. — (Saliendo por la derecha.) Interesante grupo. Voy a tirar una instantánea. (Ejecutando lo que dice sin ser visto de Eva ni de Lapin.)

EVA — ¡ Me abandona usted por un caballo !

LAPIN — No puedo perder más tiempo. A los pies

de usted, señora. (Vase montado en bicicleta por la izquierda.)

EVA ¡He de vengarme! (Aparece Mr. Roberts.)

ROBERTS Querida, no encuentro el refresco que deseas.

EVA Mejor. Me siento algo indispuesta. Vamos a casa.

ROBERTS Daré orden de que enganchen.

EVA No; perderíamos mucho tiempo. Prefiero tomar un automóvil de alquiler.

ROBERTS Como quieras. (Vase del brazo por la izquierda.)

ESCENA III

Dichos, SHERLOCK y RICHARDSON, por la derecha

TOURNIQ. ¡Hermosa mujer... y gallardo caballero! Buen cliché de información.

SHERLOCK Por esa instantánea os ofrezco cincuenta francos.

TOURNIQ. ¡Cincuenta francos!

SHERLOCK Cincuenta francos.

TOURNIQ. Calculad que el cliché no podré revelarlo hasta la noche, y...

SHERLOCK Lo supongo. ¿Dónde me lo entregaréis?

TOURNIQ. En la redacción del *Paris-Sport* no es conveniente.

SHERLOCK Donde queráis.

TOURNIQ. A última hora pienso asistir al debut que se anuncia en el Olympia.

SHERLOCK ¿Hay debut?

TOURNIQ. Sí; un domador de leones.

SHERLOCK Pues allí nos veremos.

TOURNIQ. Perfectamente. Allí os entregaré la fotografía. Perded cuidado, no faltaré. A vuestras órdenes, caballero. (Vase por la izquierda.)

SHERLOCK La suerte está de nuestra parte.

RICHARD. ¿Qué pensáis hacer con esa instantánea pagada a peso de oro, maestro?

SHERLOCK Sencillamente, presentarla a la señora Georgina para ver si en la fotografía de

Lapin reconoce al mozo de cuerda que empleó para el cambio y facturación del secreter.

RICHARD. ¡Cómo! Presumís que Lapin o Raffles...

SHERLOCK Digámosle siempre Lapin.

RICHARD. Sea así. ¿Presumís, digo, que fué él el que...?

SHERLOCK La señora Georgina lo dirá.

ESCENA IV

Dichos, un BOKMAKER, JAMES MALLINS y el CORONEL MERRYT

BOKMAKER ¡Azul! ¡Amarillo! ¡Rojo!... La carrera va a empezar. Va a empezar.

JAMES Azul, azul. Venga azul. (Compra y paga.)

CORONEL ¿Decididamente jugáis?

JAMES Es una inspiración.

TOURNIQ. ¡Rojo; juego a rojo!

JAMES ¡Eh! ¿Cómo es eso? ¿No habíais dicho azul?

TOURNIQ. He cambiado de opinión. ¿Qué tiene eso de particular?

JAMES Nada, nada. Pero creí entender en el chalet de bebidas.

TOURNIQ. Entendisteis mal, caballero.

JAMES Si habré cometido una torpeza apuntando al azul... ¿No os parece, Coronel?

CORONEL ¡Psé! ¿Quién sabe? La suerte tiene raros caprichos. (Repique de campana dentro. Gran movimiento.)

BOKMAKER ¡La carrera va a empezar!... ¡Amarillo! ¡Azul! ¡Rojo! (Vase.)

TOURNIQ. (Subido al coche de la izquierda.) ¡Magnífico punto de vista! El Stater ya da la señal de partida! ¡Salieron ya!... ¡Malo! El azul se adelanta.

JAMES (Subido a la rueda que antes ocupaba Tourniqet.) El azul! ¡Bravo! ¡es el mío! ¡El mío!... ¡El azul!

RICHARD. (A Sherlock.) ¿No es James Mallins, ese caballero tan entusiasta de su color?
SHERLOCK El mismo. Ya había yo reparado en él.
RICHARD. ¿Si habrá venido a París en busca de su Eva fugitiva?
SHERLOCK Vos lo decís. Por ella ha hecho el viaje a París, sólo por ella.
RICHARD. Es un ente ridículo.
SHERLOCK Un pobre hombre.
RICHARD. Tan obsesionado está con su azul, que ni siquiera nos ha visto.
SHERLOCK Mejor; así nos evitamos un importuno.
JAMES ¡Ya llega el azul!
CORONEL Dispensad, señor Mallins, yo lo veo amarillo. (También encaramado en un coche.)
JAMES Amarillo, sí, efectivamente. Tenéis razón; amarillo. ¡Maldito sí, amarillo no!... ¡Azul lo quisiera yo! (Por el fondo se ve cruzar un caballo con jockey amarillo.)
CORONEL No desesperéis. El azul gana terreno. Vedle. (Pasa otro caballo con jockey azul.)
JAMES ¡Bravo por el azul! ¡Bravo por el jockey!
RICHARD. Parece que ganará el azul.
SHERLOCK Yo he apostado por el rojo.
RICHARD. ¡Es posible! (Pasa un caballo con jockey rojo.)
SHERLOCK Mil luises.
RICHARD. Mal camino lleva vuestro dinero, pues el rojo va en tercer término.
SHERLOCK No importa, llegará el primero.
TOURNIQ. Tiemblo por mis veinticinco luises. ¡El rojo pierde! Esta noche no ceno en el Olympia con Paulina.
JAMES ¡El azul avanza! ¡Bravo!... ¡Bravo! (Grandes aplausos.) ¡Gané, Coronel, gané!... (Pasa el azul.)
SHERLOCK El azul es el caballo de Lapin, bajo el nombre de vizconde de Vernet.
RICHARD. Por eso apostásteis en contra de él.
SHERLOCK Ya os lo explicaré: la carrera toca a su término.
TOURNIQ. El azul gana. Estoy cierto.
MIL VOCES ¡Ah!... (Gran vocerío prolongado.) ¡El azul dió

un cabezazo ! ¡ El azul pierde ! ¡ pierde !

JAMES ¡ Pierde, sí !... ¡ Estoy sudando betún !

VOCES ¡ El rojo ! ¡ El rojo ! ¡ El rojo gana ! (Pasa el color del rojo.) ¡ Bravo ! ¡ Soberbio ! ¡ Sublime ! ¡ Piramidal !

TOURNIQ. ¡ El rojo ganó ! ¡ Viva la Francia ! ¡ Viva la Patria !

JAMES ¡ He perdido ! ¡ He perdido ! (Tambaleándose.) ¡ Sostenedme, Coronel !... (Cae en sus brazos.)

RICHARD. Ganó el rojo. Os felicito. Habéis tenido buen presentimiento.

SHERLOCK Gracias. Después os explicaré la causa.

TOURNIQ. Decididamente ceno con la bella Paulina en el Olympia.

SHERLOCK (La jugarreta de Lapin ha tenido éxito. Era de esperar.) (Lapin cruza la escena de izquierda a derecha montado en bicicleta.)

LAPIN ¡ Veinte mil francos ! Lo dicho, no se ha perdido la tarde.

VOCES ¡ Bravo por el rojo, bravo !... (Entusiasmo general.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Cuadro VI

Prueba de simpatía

Sala de paso, en casa de don Manuel. Puerta de entrada lateral izquierda; junto a ella, perchero elegante con espejo. En la lateral derecha, puerta con portier que figura conducir a la habitación interior. Dos sillas de Viena.

ESCENA PRIMERA

SHERLOCK, Don MANUEL y GEORGINA, por la derecha, como despidiéndose.

MANUEL Señor Sherlock, repito que no sabemos cómo demostrar a usted nuestro inmenso agradecimiento por el interés que nos demuestra para salvar mi desgracia.

GEORGINA ¡Oh! sí; agradecimiento eterno.

SHERLOCK No admito agradecimientos hasta el fin de la jornada, y aun así, saliendo victoriosos en toda la línea.

GEORGINA Sea como sea, nunca olvidaremos su gran asiduidad.

MANUEL Y sus buenos consejos, que me devuelven la vida. Sin ellos, la desesperación me hubiera vuelto loco.

SHERLOCK Sólo para infundir ánimo a ustedes, particularmente a usted, don Manuel, he verificado esta visita.

MANUEL Mucho se lo agradezco.

SHERLOCK Hasta el presente, ya he dicho que, si bien no hay nada efectivo, sigo una pista que la creo segura. No quiero adelantar noticias por no pecar de optimista. Más vale esperar para asegurar, que asegurar lo que se espera.

MANUEL Para mí, nunca de la vida se me hicieron las horas tan largas como al presente.

SHERLOCK Lo creo. Usted los días los encuentra de gran duración, y sin embargo, esos mismos días resultan cortísimos para mí. Lo cual prueba, amigo don Manuel, el estado de ánimo de cada uno hasta en un mismo asunto de la vida.

MANUEL Es verdad ; sus palabras, señor Sherlock, son el bálsamo de todas mis penas. Bien dice siempre mi hermano el doctor, que es usted un hombre maravilloso.

SHERLOCK La cariñosa amistad que me une a su señor hermano, le hace pecar de grandes exageraciones tratándose de mi persona.

MANUEL ¡ Oh ! no. Mi hermano está en lo cierto.

GEORGINA En lo ciertísimo.

SHERLOCK ¡ Ea ! seamos prácticos. Ya he dicho a ustedes que dentro de poco espero ser portador de buenas nuevas.

GEORGINA Dios le oiga a usted, señor Sherlock.

SHERLOCK El amigo Richardson me espera, y me precisa verme con él lo más pronto posible.

MANUEL ¿ Se ausenta usted ya?

SHERLOCK Sí, para mí las horas son minutos. (Manuel va al perchero a por el sombrero de Sherlock.) (Señora, aleje por un momento a su esposo.)

MANUEL Tome usted. (Entregándole el sombrero.)

SHERLOCK Gracias.

GEORGINA ¿ Y se marcha usted sin ver a mi hija Laura? ¡ Cuánto lo sentirá, pobrecilla !

SHERLOCK Verdad es. ¿ Dónde está? quiero verla.

GEORGINA Manuel, ¿ quieres ir a avisarla? En el saloncillo de labor se halla.

MANUEL Al momento voy por ella. (Vase por la derecha.)

ESCENA II

SHERLOCK y GEORGINA

SHERLOCK Sólo por usted he venido, señora.
GEORGINA ¿Qué ocurre?
SHERLOCK Si mañana le presento a usted una fotografía, ¿sabrá usted reconocer en ella al mozo de cuerda del que se valió para el cambio del secreter?
GEORGINA Sí, sí.
SHERLOCK ¿Aunque en el retrato se le vea en traje de ciclista?
GEORGINA Aunque así sea, sabré reconocerlo.
SHERLOCK ¿Está usted segura de ello?
GEORGINA Segura. Ya su porte distinguido me llamó mucho la atención.
SHERLOCK Mañana por la mañana le presentaré a usted la fotografía.
GEORGINA Cuando usted quiera.
SHERLOCK (Psit. Silencio.)

ESCENA III

Dichos, don MANUEL y LAURA, por la derecha

MANUEL Aquí tienes al señor Sherlock, que antes de marcharse ha querido verte.
LAURETA ¡Ah! ¡señor! ¡Cuánto agradezco su bondad! Y qué; ¿ha traído usted buenas noticias?
SHERLOCK No son malas.
LAURETA ¿Hay esperanzas?
SHERLOCK Las hay; y en usted, señorita, está el alentarlas para alegrar a su papá.
LAURETA ¿Lo véis? ¿Lo véis? Cuando yo decía que... que... ¿Me permite usted que le dé un abrazo?
SHERLOCK Uno solo, como adelanto de lo que pediré si llegamos a triunfar.

LAURETA Triunfar... es cosa segura, ¡ Viva Sherlock Holmes ! (Abrazándole.)

MANUEL ¡ Pero, niña !...

LAURETA Ya que sólo me concede usted un abrazo, uno solo, cuando menos que sea largo, muy largo. Hasta el primer tramo de la escalera no le suelto a usted.

SHERLOCK ¡ Es un ángel !

MANUEL Laura mía...

GEORGINA ¡ Hija de mi corazón ! (Vanse por la izquierda Sherlock y Laura, seguidos de don Manuel y Georgina. Final animado.)

MUTACIÓN

Cuadro VII

El león Goliat.

Salón del Foyer del Olympia. Gran arcada al fondo en el pasillo de la entrada principal. En la derecha, puerta con "paravent". A la izquierda mesa redonda. Iluminación eléctrica espléndida. Lujo deslumbrador. En paredes y espejos, anuncios de "grandes atracciones". Detalles propios del lugar de la acción.

ESCENA PRIMERA

LAPIN y COLIN, en la mesa de la derecha, los dos en traje de sociedad. En la mesa botella y copas de cognac. CAMARERO en el fondo.

LAPIN Te has portado como un héroe, Colin ; como un héroe, valga la frase. No esperaba menos de ti.

COLIN Yo encima de mi caballo, hago de él lo que quiero, señor Vizconde. Un ligerísimo golpe de brida, acompañado del roce de espuela por el ijar, produce en el caballo un balanceo de cabeza, que le hace perder

rapidez en línea recta, y... ahí está el secreto. (Marcando la acción.)

LAPIN — Y aquí están los diez mil francos ofrecidos. (Entregándolos en billetes.)

COLIN — ¿Sin propina?

LAPIN — Sin propina; pero con la perspectiva de otros diez mil en nueva jugada que preparo en las carreras del próximo jueves.

COLIN — Si es para repetir el *pierde,* no cuente usted conmigo. Mi fama de Jockey...

LAPIN — No temas por tu *famosa fama.* Esta vez ganarás montando mi yegua «Coral».

COLIN — ¡«Coral!» Imposible correr con ella. Es una potranca de mala ley. «Coral» está desacreditada completamente.

LAPIN — ¡Torpe! En ese descrédito está nuestro éxito.

COLIN — ¿Cómo puede ser eso?

LAPIN — Tienes confianza en la yegua «Saeta»?

COLIN — ¡Infalible!

LAPIN — Pues bien: pintando a «Saeta» las manchas rojas que «Coral» tiene en las patas, se podrá correr a «Saeta» aparentando ser «Coral».

COLIN — Buena jugada. Pero ¿y si con el sudor se destiñe?

LAPIN — Sé yo de una tintura de la India que no falla.

COLIN — Siendo así, conformes.

LAPIN — Ahora separémonos. Diviértete a tus anchas; pero no te emborraches, que es cuando sueltas la lengua.

COLIN — No hay cuidado.

LAPIN — En cuidado me tienes siempre, señor Colin.

COLIN — No temáis, señor Vizconde de Vernet. (Vase por el fondo izquierda.)

LAPIN — Es un perfecto granuja del cual saco gran partido. (Golpeando con una moneda, llama al Camarero, que acude a cobrar.) Todo para ti.

CAMARERO — *Merci.*

LAPIN — (Contando los billetes de su cartera.) Mil, dos

mil,... cinco... seis... (Mostrando el billete de lotería.) El billete, número 14,213, premiado con un millón de francos. ¡ Un millón ! Si lo atrapase Sherlock, lanzaría un ¡ hurra ! que se oiría de polo a polo. No le daré esa satisfacción. El billete no se separa de mí. ¡ No hay fuerza humana para arrebatármelo, no ! (Guarda la cartera con el billete de lotería en el bolsillo interior de su frac. Los seis billetes de mil francos los guarda en otro bolsillo.) Vamos a ver qué tal las dan en el bacarrat. (Al ir a marcharse por la segunda puerta de la izquierda, Eva le detiene el paso.)

ESCENA II

LAPIN y EVA, en traje de domadora.

EVA — Un momento, caballero.

LAPIN — ¿Quién? ¡ Eva !... ¡ Oh ! ¡ señora ! Está usted irresistible con el traje de domadora. Cuando James Mallins os vea así, se desmayará de emoción.

EVA — No se trata de él en estos momentos.

LAPIN — Lo digo, porque el buen señor se halla en París, buscando a su Eva desasosegadamente. Esta tarde le vi en las carreras. Fué cosa rara no os encontrarais con él.

EVA — ¿Qué me importa a mí ese necio?

LAPIN — Conforme con la necedad de Mallins. Pero creo que vuestro nuevo amante, monsieur Roberts, es todo un hombre.

EVA — Roberts es sólo un pretexto de exhibición. Hago lo que quiero de él.

LAPIN — ¡ Diablo ! ¡ Un domador de leones domado por Eva ! Es cosa interesante.

EVA — Aquí quien me interesa eres tú. Lo confieso sin rubor. Tú y sólo tú.

LAPIN — Agradezco la distinción ; pero ...

EVA — ¡ Infame ! ¿Por qué me robaste de Londres en el automóvil?

LAPIN — Esa es vuestra equivocación, señora.

EVA — ¡Cómo! ¿Te atreves a negar el rapto?

LAPIN — Puntualicemos. A mí lo que en aquellos momentos me precisaba era un coche cualquiera, para no andar descalzo por las calles de Londres. Cogí un automóvil, sí, no lo niego; pero si dentro de él os hallé a vos, fué por pura casualidad, no por premeditación.

EVA — Al desprecio añades la burla. Esto sólo me faltaba.

LAPIN — Lo que falta, señora, es que dejéis de importunarme con el envío de cartitas y postales de colores. En mi casa y en una arquilla, guardo todos vuestros recuerdos, junto con alguna joya de vuestra pertenencia. No quiero privaros de ellas. (De su cartera saca una tarjeta y escribe en ella con lápiz.) A la presentación de esta tarjeta os será entregada la arquilla, aun en ausencia mía. Tomad. (Entregándola.) No tengo más que deciros. Hemos terminado. Dispensad; el bacarrat me espera. (Saluda y vase por la izquierda.)

ESCENA III

EVA, SHERLOCK y RICHARDSON que desde el fondo han escuchado las últimas palabras. A poco ROBERTS por el fondo en traje de domador.

EVA — ¡La rabia enciende mis carnes!... ¡Qué me importa a mí esta tarjeta! (La arroja al suelo y la pisotea.) Lo que quisiera yo es pisotearte tu corazón, igual que a este pedazo de cartulina. ¡Así!

ROBERTS — ¡Eva, Eva! ¿qué haces? Nuestro número va a principiar. Hemos de presentarnos dentro de la jaula. ¿Vamos?

EVA — Vamos, sí. ¡Ojalá me devoren los leones! (Vanse por el fondo.)

SHERLOCK (Adelantándose pausadamente y recogiendo la tarjeta.) ¡ Oh ! mujeres, mujeres !

RICHARD. ¿Os aprovecha la tarjeta?

SHERLOCK Sí, para la colección de autógrafos. (Guardándola.)

RICHARD. Y a todo esto, el joven que debe entregarnos la instantánea no se le ve en todo el local.

SHERLOCK Ya daremos con él. No hay que dudar de su palabra. ¡ Mozo ! (Un mozo acude.) Dos dobles con sandwichs. (Se colocan en la mesa de la derecha.)

RICHARD. ¿Me permitís una pregunta, maestro?

SHERLOCK Todas las que os plazcan.

RICHARD. Decidme. ¿Cómo adivinasteis que Lapin asistiría a las carreras de caballos, y porqué razón jugasteis al color rojo?

SHERLOCK Las dos preguntas están aclaradas en una sola deducción continuada de detalle en detalle. Al presentarse Lapin en nuestro hotel, reparé que la pechera de su camisa no era blanca del todo ni estaba planchada. Este insignificante detalle me hizo sospechar que se hallaba dispuesto a concurrir a algún espectáculo al aire libre, y como quiera que el espectáculo propio de temporada son las carreras de caballos, a las carreras nos dirigimos. Como sabéis, no me equivoqué. Le vimos en el bosque montando en bicicleta. El caballo que corría el color azul era suyo.

RICHARD. Bajo el título de vizconde de Vernet.

SHERLOCK Precisamente. El corría el azul, y sin embargo, sólo apostaba mil francos. Poca cantidad era esa para un caballo famoso. Aquí se trama algo, dije para mí. Comprendí su juego a la gana-pierde, y por eso aposté por el rojo.

RICHARD. Magnífica deducción, maestro.

SHERLOCK Un poco aventurada si se quiere ; pero tratándose de quien se trata, el detalle

más pequeño conduce a la más grande de las soluciones.

RICHARD. Tenéis razón sobrada. (Beben.) Y referente al mozo de cuerda del secreter, ¿podemos tener por cierto que fué nuestro Lapin, ¿verdad?

SHERLOCK No es difícil de asegurar. Lo difícil en este asunto es llegar a comprender qué clase de papeles son los que en el secreto del mueble existen.

RICHARD. Grande debe ser su importancia, ¿no os parece?

SHERLOCK Quizá más grande de lo que podemos calcular. No sé porque tiemblo por el honor de mi amigo, el doctor Walton.

RICHARD. Hallándose el secreter en poder de Lapin, seguramente ya habrá descubierto el secreto del mueble.

SHERLOCK Eso es lo que sabremos mañana en la cita que nos dió a las ocho de la noche y en su casa de la Avenida del Bosque. (Voces dentro.) Silencio. Alguien se acerca.

RICHARD. Es James Mallins y el coronel Merryt.

SHERLOCK Corred el *paravent.* (Richardson lo corre un poco, quedando los dos resguardados de las miradas de los demás personajes.)

ESCENA IV

Dichos, el CORONEL y JAMES MALLINS por el fondo izquierda

CORONEL Querido Mallins, ¿qué os parece l'Olympia? ¿Os divierte el espectáculo? ¿Os alegran la vista tantas luces y colores? ¡Y sobre todo, las mujeres!... Hay donde escoger, ¿verdad?

JAMES Soy hombre al agua, Coronel. Nada me alegra. Todo lo veo de color negro, muy negro. El fracaso de esta tarde en las carreras de caballos ha sido doloroso.

CORONEL Para que os olvidéis de él, he mostrado

empeño en traeros aquí, a l'Olympia. ¡ Voto a mil diablos ! En estos salones las penas desaparecen : todo es alegría.

JAMES No para mí. Tengo presentimientos de que *yo* ya no volveré a ser *yo* nunca más !

CORONEL ¡ Fúnebre estáis, amigo mío !

JAMES Sobre mi cabeza siento el peso de un *jettator,* que me hunde, me hunde, sin que fuerza humana sea suficiente para volverme a la superficie.

CORONEL Vaya, vaya, desechad tan negros pensamientos que a nada bueno conducen, y ¡ a vivir ! que la vida es corta, y es menester aprovecharse de ella.

JAMES ¡ El *jettator,* el *jettator,* me tiene bajo su peso !

CORONEL Dejáos de *jettatores,* y echad una mirada sobre ese ramito de flores que llega hacia nosotros. ¡ Ay, si uno no peinase canas !

ESCENA V

Dichos, PAULINA, elegante y graciosamente, ataviada del brazo de TOURNIQUET, por el fondo derecha

JAMES ¡ Hermosa mujer ! ¡ Calle ! si es la del mostrador del chalet de bebidas en el bosque de Bolonia.

PAULINA La misma, caballero. ¿Se ofrece algo? (Al pasar delante de ellos.)

TOURNIQ. Para lo que se ofrezca, aquí estoy yo.

JAMES Y usted es, sí ; no me engaño, el joven cronista del *Paris-Sport.*

TOURNIQ. El mismo. ¿Qué hay en ello de particular? ¡ eh !

SHERLOCK Aquí tenemos a nuestro fotógrafo.

PAULINA (No seas celoso, Tourniquet. ¿No ves que es un tipo de *vaudeville?)*

TOURNIQ. (Tienes razón, Paulina.)

JAMES ¡ Hombre de Dios ! ¿Por qué dijo usted

en las carreras que jugaba al azul, si después apostó al rojo?

TOURNIQ. Por inspiración. El rojo fué mi suerte.

JAMES Y el azul mi desgracia. Perdí mil luises.

PAULINA ¡Já, ja! ¡Tiene gracia!

JAMES ¿Os parece gracioso perder mil luises, señorita?

PAULINA Me refiero a la cara que ponéis lamentando una pérdida para vos insignificante, caballero.

JAMES Insignificante... sí... no, es decir...

PAULINA Vaya, para indemnizaros de vuestra pérdida, os invitamos a que nos paguéis unas botellas de champagne para todos. ¿Te parece bien, Tourniquet?

TOURNIQ. Por mi parte acepto gustoso.

PAULINA (Al Coronel.) ¿Y vos, caballero?

CORONEL También acepto. (Me parece que la mocita nos está tomando el pelo.)

JAMES (Los ojos de esta mujer me trastornan los sentidos.)

PAULINA ¿Qué me decís? ¿Aceptáis?

JAMES (¡Pelillos a la mar!) Acepto. ¡Yo lo pago todo!

PAULINA ¡Bravo! No esperaba yo menos de tan simpático caballero. (A Torniquet.) (¿Lo ves? ¡es un tonto!) (Rugido de león, dentro.)

JAMES ¿Eh?... qué rugidos son esos?

TOURNIQ. Los leones de Mr. Roberts

JAMES ¿Leones, decís?...

PAULINA Sí, un domador que debuta esta noche.

JAMES ¿Creéis que estamos seguros?

ESCENA VI

Dichos y LAPIN por la izquierda

LAPIN No temáis, señor James Mallins. Los leones de Mr. Roberts no os comerán.

TOURNIQ. El ciclista de mi instantánea.

JAMES ¡Qué miro! ¿Usted aquí?

LAPIN Yo mismo. ¿De qué os sorprendéis, mi buen amigo?

JAMES ¿Amigo, yo?

LAPIN Amigo, y de los íntimos. (Cogiéndole por el brazo y llevándole al lado izquierdo.) Con permiso, señores.

CORONEL (La osadía de este hombre es pasmosa.)

PAULINA (Al Coronel.) Es el vizconde de Vernet; ¿verdad que sí, caballero?

CORONEL ¿Vizconde?... sí... sí, ¡creo que sí!

JAMES (Intentando deshacerse del brazo de Lapin.) Señor mío... Señor mío...

LAPIN No tengáis miedo, señor Mallins. Os debo una explicación y voy a dárosla cumplida.

RICHARD. (A Tourniquet.) Joven, ¿quiere usted hacerme el favor? (Indicándole que se acerque a su mesa.)

TOURNIQ. ¿Quién?... ¡Ah! ¿son ustedes? (Va a ellos, Paulina y el Coronel quedan en segundo término conversando.)

LAPIN No me guarde usted rencor. Todo lo ocurido en Londres fué... una apuesta de amigos convenida en el baile de la Embajada.

JAMES Pero el collar de brillantes y mi reloj de oro...

LAPIN Nada sé referente a esa joya.

JAMES ¿Y la misiva en el palco de la Opera?

LAPIN No sé de qué me habláis.

JAMES ¿Y el automóvil con mi adorada Eva?

LAPIN Eso fué la apuesta. El automóvil lo encontraréis en Londres, y a vuestra Eva en París.

JAMES ¿Con qué es cierto?

LAPIN En París, y en este mismo recinto.

JAMES ¿Aquí?

LAPIN Aquí, sí; dentro de una jaula.

JAMES ¡Os burláis! ¿Mi Eva enjaulada?

TOURNIQ. (Que ya ha entregado la fotografía a Sherlock.) Falta el retoque, pero el parecido es perfecto. Sin embargo, si queréis...

SHERLOCK Bien está como está.

JAMES Repito que no puede ser.

LAPIN Es lo que os digo. Eva se exhibe bajo el nombre de *signorina* Celeste, con el domador Mr. Roberts.

TOURNIQ. Si quieren ustedes convencerse del parecido, en esta sala pueden ustedes ver el original. Pero, por Dios, que no se sepa que yo he tomado la instantánea por sorpresa, ¿eh?

SHERLOCK Eso es lo que yo quería rogar a usted: que nadie sepa nada de esto.

TOURNIQ. Descuidad. Bien sé lo que son estas cosas. Por mi parte no hay temor.

SHERLOCK Confío en ello. Tomad lo prometido.

TOURNIQ. Gracias. A vuestra disposición, caballero.

SHERLOCK Por aquí. (Sherlock y Richardson se retiran por la puerta de la derecha sin ser vistos de los demás personajes, puesto que el paravant lo impide.)

TOURNIQ. Seguramente es algún marido burlado. ¡Bah! ¿qué me importa? ¡Allá ellos! ¿eh? (Reúnese con el Coronel y Paulina.)

LAPIN Ya veis como en mí no cabe culpabilidad ninguna. Ella fué la que me suplicó la fuga, sin duda para daros un bromazo con el domador de leones y para atraeros a París.

JAMES Efectivamente. Eva tenía gran empeño en visitar la capital de Francia.

LAPIN ¿Véis lo que os decía...?

JAMES ¿Y qué os parece que debo hacer yo ahora?

LAPIN Encararos con monsieur Roberts.

JAMES ¡Un domador de leones!... (Rugido de leones.) ¡Diablo!... ¡me parece que esos animalitos tienen malas pulgas!

CORONEL (La conversación va resultando larga.)

PAULINA Tengo un hambre devoradora.

TOURNIQ. Mandaremos que nos preparen una mesa en este reservado, ¿eh?

PAULINA Sí, sí, en seguida. (Tourniquet da orden a un mozo que prepare la mesa.)

JAMES Si pudiéramos hallar un medio de rescatar a mi Eva, sin entendernos con el domador... ¿No os parece que sería más práctico?

LAPIN ¡Psé!

JAMES A vuestra amistad me entrego. Aconsejadme, amigo mío, aconsejadme. ¿Qué debo hacer?

LAPIN Atraerla por celos.

JAMES ¿Cómo?

LAPIN La ocasión os favorece. Aquí tenéis una hermosa mujer. Nos convidáis a cenar a todos, y os sentáis junto a ella...

JAMES Sí.

LAPIN Eva imprescindiblemente ha de pasar por esta sala. Al veros en compañía de otra mujer, los celos morderán su corazón, veréis como si no esta noche, mañana a más tardar, la tendréis a vuestras plantas suplicando vuestro amor.

JAMES ¡Magnífico plan! Aceptado, aceptado en todas sus partes. (Con gran alegría.) Señores... ¡a cenar! ¡a cenar! ¡Yo lo pago todo, todo!

CORONEL ¿Qué es esto, Mallins? ¿Estáis en vuestro juicio?

JAMES Estoy en el apoteósis de mi dicha. Yo lo pago todo. Colocad la mesa en el centro de la sala. (A los mozos.) ¡Yo pago el champañ... yo pago los cubiertos... yo pago los cigarros... yo lo pago todo, todo!

PAULINA ¡Bravo por el nuevo Nabab!

JAMES (A los mozos.) Aprisa, aprisa. Poned los manteles. Venga; yo os ayudaré.

CORONEL ¡Señor Mallins!...

PAULINA Es gracioso.

TOURNIQ. Está loco.

CORONEL (¿A qué obedece ese cambio, amigo mío?)

JAMES (Señalando a Lapin.) A que el señor es el señor más simpático del mundo.

PAULINA Sí que lo es, el señor vizconde de Vernet.

CORONEL ¿Cómo?

JAMES ¿Vizconde?...
LAPIN De Vernet. (Con signo de inteligencia.)
JAMES Viz... ¡Tiene gracia, hombre, tiene gracia!
CORONEL (No comprendo una palabra.)
JAMES ¡Tiene gracia!... Ea, a la mesa. Yo lo pago todo.
PAULINA Colóquese usted a mi lado, vizconde.
LAPIN Con mucho gusto, señora. (La mesa en mitad de la escena. Colocación de la derecha del actor: Tourniquet, Paulina, Lapin, James y Coronel.)
JAMES (¿No me decíais que yo a su lado?)
LAPIN (Después os haré pasar.)
JAMES ¡Tiene gracia el lance, tiene gracia!
CORONEL Moderáos, amigo mío, moderáos.
JAMES ¡Aquí no hay moderación que valga! ¡Aquí somos todos unos... y yo pago lo de todos!
TOURNIQ. Está beodo antes de beber, ¿eh?
PAULINA Así parece.
TOURNIQ. Calculad cómo estará al final, ¿eh?
PAULINA El lo paga todo...
TOURNIQ. Es verdad.
PAULINA ¡Uf! ¡qué sofocación! Apartad ese paravant.
JAMES Sí, sí: apartarlo. No debemos ocultarnos de nadie.

ESCENA VII

Dichos, EVA y ROBERTS por el fondo

EVA (¡Qué veo! ¡Raffles junto a una mujer! Ella es la que me roba su amor. ¡Me vengaré!)
ROBERTS ¿Adónde vas?
EVA Se me ha olvidado el pañuelo entre bastidores. Voy por él.
LAPIN (¿Qué os decía, amigo? Aquí tenéis el domador. Pronto vendrá Eva.)

JAMES (Tenéis razón. Le convido a beber; ¿os parece bien?)

LAPIN (Magnífico. Así ella tendrá que reparar en vos aunque no quiera.)

JAMES Monsieur Roberts; ¡una copa de champagne! (Ofreciéndosela.)

ROBERTS Con mucho gusto, caballero. (Bebe. Rugido del león.)

JAMES ¡¡Eh!!

ROBERTS No temáis; es Caín. Conozco sus rugidos.

PAULINA Caín, ¿el que mató a Dalila?

TOURNIQ. No, mujer. Caín no mató más que a Abel. (Otro rugido.)

ROBERTS ¡Rayos! Este es Goliat. Me extraña su inquietud. (Sherlock y Richardson aparecen por la derecha sin ser notada su presencia por los demás personajes.)

SHERLOCK ¿A qué obedecerán tantos rugidos?

RICHARD. No me parece natural la inquietud de esas fieras.

JAMES ¿Estamos seguros aquí? (Los rugidos no cesan.)

ROBERTS Seguros... Sin embargo, iré a ver... (Ruido de cristales dentro y grandes voces:)

VOCES ¡Socorro! ¡Favor! ¡Cerrad las puertas! ¡El domador!... ¿Dónde está el domador?...

OTRAS ¡Es Goliat!... ¡Se escapó Goliat!... (Antes de llegar Roberts al fondo, salta, por encima del paravent que se halla junto a la arcada de la puerta del fondo, el león Goliat, cayendo en el centro de la mesa, la cual vuélcase hacia el público. Gritos simultáneos.)

PAULINA ¡Gran Dios!... (Desmayándose en brazos de Tourniquet.)

CORONEL ¡Mil bombas!...

LAPIN ¡Demonio!...

TOURNIQ. ¿Eh?... ¿qué es esto?

JAMES ¡Muerto soy!... (Cayendo de espaldas.)

ROBERTS ¡Goliat!... ¡Goliat!... ¡Sígueme, Goliat!... ¡¡Goliat!!... (Tirando de las melenas

del león, cuya zarpa derecha hace presa en el brazo izquierdo de Lapin. Sherlock y Richardson, sin moverse de su sitio empuñan sus revólvers. Colin y varios concurrentes asoman por el fondo llenos de espanto. Cúidese este final para su buen efecto plástico.)

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

Cuadro VIII

Las dos potencias

Sala reducida en casa de Lapin. Puerta al fondo y en lateral de la derecha. En la pared de la izquierda, secreter enteramente igual al del segundo acto. Muebles Luis XV. Habitación de soltero, elegante y rico.

ESCENA PRIMERA

LAPIN, en un sillón a la derecha, resguardado por un paravent COLIN, a su izquierda.

LAPIN Ya lo ves, Colin, ya lo ves. Vivo por milagro.

COLIN Bien lo veo, señor vizconde. El lance fué serio. Así que llegué yo al foyer y entre la confusión distinguí al señor bajo las garras del león, la verdad, no hubiera yo ofrecido por vuestro pellejo medio franco.

LAPIN Lo creo. De las garras de la fiera pude desprenderme, dejando entre ellas la mitad de mi frac. Toda la parte izquierda, toda.

COLIN ¡ Bah ! el frac no importa. Lo interesante es haber salido con vida de trance tan apurado.

LAPIN Todo importa, y todo interesa en este mundo, todo.

COLIN El frac que vestía el señor es un trofeo de gloria. Yo lo guardaría como recuerdo.

LAPIN Dices bien, Colin. Debo guardarlo como un fatal recuerdo.

COLIN ¿Es este, verdad? (Señalando el frac que se halla sobre el velador.)

LAPIN Este mismo. Mira qué desgarro. (Mostrando que falta de la prenda todo el costado izquierdo.)

COLIN Valiente zarpada. Falta todo el bolsillo interior.

LAPIN Sí : todo el bolsillo es lo que falta, todo.

COLIN Pero afortunadamente las garras no interesarían en el cuerpo.

LAPIN No, sólo en el brazo tengo algún ligero rasguño, que por cierto no deja de molestarme un poco.

COLIN Es natural. Mas no es de creer tenga consecuencias. ¿Verdad, señor vizconde?

LAPIN El doctor así lo cree, teniendo en cuenta mi buena encarnadura.

COLIN ¡ Oh ! bien sabe el señor lo mucho que me interesa su perfecta salud.

LAPIN Gracias, Colin. Agradezco el interés que demuestras por mi persona. La primer visita que hoy recibo, es la tuya. Gracias.

COLIN Ya lo sabe el señor : *siempre el primero.*

ESCENA II

Dichos y un CRIADO, por el fondo, con una tarjeta en una bandeja

CRIADO Señor...

LAPIN Adelante.

CRIADO Una tarjeta.

LAPIN (Leyendo para sí.) (Sherlock Holmes.) Hazle pasar. (Vase el criado.)

COLIN Si el señor no manda lo contrario, me retiro.

LAPIN Mañana nos veremos en el café a la hora del aperitivo.

COLIN — No faltaré. (Hace ademán de marcharse por el fondo.)

LAPIN — No; por aquí saldrás al jardinillo de la calle Laurent.

COLIN — Como mande el señor. (Vase por la primera derecha.)

LAPIN — Conviene evitar encuentros.

ESCENA III

LAPIN y SHERLOCK, guiado por el Criado, sale por el fondo. El Criado se retira

SHERLOCK — (No estaba solo. Señal que la casa tiene otra salida.)

LAPIN — (Aquí está mi hombre. No se ha hecho esperar su visita.)

SHERLOCK — Señor vizconde de Vernet. (Saludándole.)

LAPIN — Vizconde, no para vos, señor Sherlock.

SHERLOCK — No son todavía las ocho de la noche, hora de la cita que Lapin me dió, para que a Lapin venga yo a visitar.

LAPIN — Esto es decir que...

SHERLOCK — Que sólo vengo a saber de las heridas del señor vizconde.

LAPIN — Gracias por la atención. Mis heridas no ofrecen grandes cuidados. Por lo pronto, no tengo el menor síntoma de fiebre; pulsadme. (Ofreciéndole el brazo que Sherlok no toca.)

SHERLOCK — Así debe ser, puesto que a pesar del *paravent* que os guarda de la puerta de entrada, os halláis, expuesto a las corrientes de aire de las puertas de salida. (Señalando la del fondo y la de la derecha.)

LAPIN — (¡Diablo!) Es casualidad de colocación. y para que alejéis del pensamiento toda sospecha, señor Sherlock, os suplico que veais en mí a Lapin, que anteayer os dió cita en esta casa mi casa, que es la vuestra, a las ocho de la noche, para tratar de... de nuestros asuntos.

SHERLOCK Pláceme vuestra concesión adelantando la hora.

LAPIN En primer lugar. ¿Verdad que os extrañó mi cita a las ocho de la noche?

SHERLOCK ¡Psé! Creí comprender en ello el capricho de recordar la situación de nuestra entrevista en Londres y en mi casa.

LAPIN Perfectamente comprendido. Capricho de repetir exactamente nuestra primera entrevista.

SHERLOCK Exactamente, no, puesto que yo no acostumbro a penetrar por los balcones.

LAPIN Ya os dije que aquello fué una precipitación.

SHERLOCK Esas son las que os perderán indefectiblemente.

LAPIN Os dejo en esa creencia y entremos de lleno en nuestros negocios.

SHERLOCK Asuntos los titulo yo.

LAPIN Como gustéis. Asuntos o negocios, sobre ellos tengo que haceros una súplica, señor Sherlock.

SHERLOCK Decidme.

LAPIN La súplica es que, puesto que en Londres fuisteis el vencedor, vuestro es el campo, sí; pero aquí, en París, dejadme vivir tranquilo, no os metáis en mis negociaciones. De lo contrario esto será el cuento de nunca acabar.

SHERLOCK Imposible. En París, como en Londres, y en Londres como en todas partes, Sherlock no puede perder de vista a Lapin en todas sus transformaciones.

LAPIN ¿Quién sabe?

SHERLOCK En todas sus transformaciones repito: ya vistiendo el burdo pantalón de barquero del Támesis, como luciendo el aristocrático frac o el chaquetón de mozo de cuerda.

LAPIN ¿Cómo?... ¿También reconocéis en mí a algún mozo de cuerda?

SHERLOCK Vos lo decís. Al mozo que efectuó el cam-

bio del secreter en casa de don Manuel Walton.

LAPIN No lo niego. Fué éste un negocio debido a la casualidad, puesto que mi disfraz obedecía a otra cosa bien distinta que transportar muebles por las calles de París.

SHERLOCK ¿Y por qué razón no facturásteis el secreter del cambio?

LAPIN Donosa pregunta. Porque al ver el nombre de nuestro amigo Walton, me picó la curiosidad de saber qué diablos contenía el armatoste que se me venía a manos tan fácilmente. Así pues, en vez de conducirlo a la estación, lo transporté a mi casa. Vedlo allí. (Señalando donde se halla.)

SHERLOCK Ya lo he visto al entrar.

LAPIN ¿Conocéis el mueble?

SHERLOCK Me lo sé de memoria. Supongo que al abrirle, encontraríais en él...

LAPIN Dos mil francos en billetes de Banco.

SHERLOCK ¿Y nada más?

LAPIN Un billete de lotería que luego resultó premiado.

SHERLOCK ¿Y nada más?

LAPIN A primera vista... nada más; pero más tarde, calculando que el cambio obedecía a causas de gran importancia, a fuerza de tantear el mueble, di con un botoncillo que parecía ser un nudo de la madera, apreté, saltó una cacha de la guarnición, dejando ver una anillita de metal, tiré de ella, y por fin apareció el doble fondo del cajoncillo del centro, metí la mano, y saqué un sobre lacrado.

SHERLOCK ¿Leísteis su contenido?

LAPIN Sí; pero he vuelto a cerrar y lacrar el sobre tal como lo hallé. Aquí lo tengo, mirad. (De la mesilla que se halla a su derecha, saca un sobre lacrado como ha descrito.)

SHERLOCK Por la importancia de su contenido debéis suponer el afán que me mueve, para que ese documento vuelva a poder de...

LAPIN De la esposa de vuestro amigo el doctor Walton.

SHERLOCK ¡ Precisamente !

LAPIN ¡ Oh ! Los papeles estos valen un tesoro. Ahí es nada poseer el secreto de que la hermosa Laura no es hija del mătrimonio de París, sino de...

SHERLOCK Efectivamente. Laura es hija... de...

LAPIN Hija de Adelaida, esposa del doctor Walton.

SHERLOCK Eso mismo.

LAPIN Cosa que don Manuel ignora, ¿verdad?

SHERLOCK Sí, y su esposa también.

LAPIN ¡ Hombre ! esto si que es raro.

SHERLOCK Dispensad : los secretos de familia son para mí sagrados.

LAPIN ¡ Oh ! pues a mí me divierten mucho. De ellos se puede sacar gran partido.

SHERLOCK De ello se trata. Veamos qué precio ponéis a esos documentos.

LAPIN Valoradlos vos mismo.

ESCENA IV

Dichos y el CRIADO. Después RICHARDSON disfrazado ae mozo de cordel

CRIADO (Con una tarjeta.) Señor Vizconde...

LAPIN ¿Qué hay?

CRIADO Un demandadero presenta esta tarjeta, para que se le haga entrega de lo que en ella va escrito.

LAPIN Con vuestro permiso. (A Richardson.) ¡ Ah ! sí. La simpática Eva por fin se decide a recoger sus recuerdos. Toma, entrega al demandadero la arquilla esa de la izquierda.

CRIADO Pasad, buen hombre. (A Richardson. Este, procurando no ser visto de cara por Lapin, se dirige al secreter y carga con él, dejando en su lugar la arquilla pequeña que se hallaba encima.)

SHERLOCK (Inútil operación.)

LAPIN Pues como decíamos ; el precio de los documentos debéis fijarlo vos.

SHERLOCK Ya que insistís en ello, lo haré así. El secreter contenía tres cosas que...

CRIADO ¿Es este, señor? (Señalando el secreter.)

LAPIN (Siguiendo la conversación con Sherlock, no hace caso del criado.) Sí, el secreter... El secreter contenía tres cosas, es cierto. Dos mil francos, un billete de lotería y estos documentos. (Richardson ya ha cargado el mueble y vase por el fondo seguido del Criado que le acompaña, procurando no roce las paredes.) Los dos mil francos son mi jornal de mozo de cuerda. ¿Qué menos puedo cobrar transportando muebles? ¿No os parece bien?

SHERLOCK Perfectamente.

LAPIN El billete de lotería...

SHERLOCK Ese lo tengo yo.

LAPIN No lo ignoraba. La zarpada del león me arrebató medio frac, y con él mi cartera conteniendo el famoso billete, número 14,213. El suceso fué una desgracia para mí y una fortuna para vos.

SHERLOCK En un extremo del salón encontré el trozo de frac. Con el desorden nadie reparó en él.

LAPIN Pero vuestra mirada bien supo hallarlo. ¡Oh! no tengo en ello nada que objetar. He perdido un millón de francos. Cuando menos la mitad, cobrando el billete a medias, que era lo que yo esperaba, y sin embargo no me quejo. El billete vino a mis manos con suma facilidad. Para llegar a las vuestras ha sido precisa toda la fuerza de un león. Esta vez poco podéis vanagloriaros de vuestro ingenio, señor Serlock.

SHERLOCK Sea como sea, el caso es que el billete está en mi poder ; aquí. (Mostrándole la cartera.)

LAPIN Y aquí están los documentos del secreter.

SHERLOCK Por ellos os ofrezco un billete de lotería. (Pequeña pausa.)

LAPIN ¡Qué diablo! Acepto. Tomad. (Le entrega el sobre lacrado.)

SHERLOCK Tomad. (Entregándole la cartera y sentándose.)

LAPIN ¿Quedamos conformes?

SHERLOCK Conformes. Tanto es así, que terminada mi misión en París, hoy mismo partiré para Londres.

LAPIN ¿No os resta ya nada que hacer en la capital de Francia?

SHERLOCK Nada; puesto que más pronto de lo que yo creía he cumplido en todo.

LAPIN En todo, no.

SHERLOCK En todo, repito.

LAPIN ¿Y este billete de lotería?

SHERLOCK Vuestro es. Vos veréis si os aprovecha.

LAPIN ¡Oh! ¡qué sospecha! Acaso... (Abriendo la cartera y sacando el billete.) ¡Qué miro!... Este billete no es el verdadero. Es del sorteo anterior.

SHERLOCK Yo sólo he ofrecido daros un billete; pero no he dicho cual.

LAPIN ¡Me habéis burlado!

SHERLOCK El billete verdadero, el premiado, ya está en lugar seguro.

LAPIN ¿Esas tenemos, señor Sherlock? Los aires de París, veo que os hacen ser altamente bromista. ¡Vaya una jugarreta!... ¡Burlar mi buena fe! ¡Nunca hubiera creído tal hazaña de vos!

SHERLOCK ¡Psé! ¿Qué queréis? Vivir para ver.

LAPIN Afortunadamente poco es lo que yo he perdido.

SHERLOCK Pero mucho lo que yo he ganado. (Por el sobre que tiene en su poder.)

LAPIN Sí, habéis ganado... unos trozos de periódicos, pues los documentos en cuestión aun están en mi poder.

SHERLOCK ¡Qué decís! (Rasgando el sobre y hallando en él trozos de periódicos.)

LAPIN Vedlo si no.

SHERLOCK Es verdad. ¡ Ah, maldito ! (Apuntándole con su revólver.)

LAPIN ¡ Eh ! ¡ Cuidado con lo que se hace ! Aunque dolorido del brazo izquierdo, me sobra con el derecho para vender cara mi vida, señor Sherlock. (Levantándose y empuñando su revólver.)

SHERLOCK ¡ Ah !

LAPIN He aquí la repetición de la escena acaecida en vuestra casa de Londres, dos meses hace. (Quedan apuntándose los dos.) Tan torpe me habéis creído para no estar preparado a todo? Si vuestro billete es falso, falsos son mis documentos. Decididamente somos dos potencias de fama mundial. Falsedad por falsedad, nada tenemos que reprocharnos.

SHERLOCK Tenéis razón. (Guardando sus revólvers respectivamente.)

LAPIN Un día u otro teníais que fracasar, mi querido amigo. La fama de *Nadie más fuerte que Sherlock Holmes* va perdiendo brillantez. Los papeles de la señora de Walton no se han movido del secreter.

SHERLOCK ¿ No?

LAPIN No.

SHERLOCK ¡ Ah ! pues entonces míos son. El secreter ya no lo tenéis en casa. Mirad. (Señalando la mesa de la cual se lo llevó Richardson.)

LAPIN ¡ Maldición ! ¡ Verdad es !

SHERLOCK De las dos combinaciones una me ha fallado ; pero con una basta para salir victorioso.

LAPIN ¡ Cómo !

SHERLOCK Richardson, disfrazado de demandadero, se ha llevado el secreter.

LAPIN ¡ Ah ! comprendo la jugarreta.

SHERLOCK Si la comprendéis, ya nada me resta hacer en vuestra casa. Señor Lapin, os saludo, y me retiro. Queda probado que todavía... *Nadie más fuerte que Sherlock Holmes.* Adiós. (Vase por el fondo izquierda.)

ESCENA V

LAPIN, en seguida JAMES MALLINS por el foro derecha

LAPIN ¡ Fatalidad ! ¡ Todo perdido ! ¡ Oh ! la rabia me ahoga ! ¡ Maldito seas, Sherlock !

JAMES ¡ Mi querido vizconde !... ¡ Entrañable amigo mío ! Ya veo que vuestras heridas no han tenido consecuencias. ¡ Cuánto lo celebro ! (Con muestras de júbilo.)

LAPIN (Sólo me faltaba este imbécil !)

JAMES Temía hallaros en cama ; pero afortunadamente os hallo de pie y muy alegre. ¿ Verdad que sí ?

LAPIN Muy alegre, mucho.

JAMES Lo celebro, lo celebro infinito. Hasta que he podido adquirir las señas de vuestra casa no he sosegado, querido amigo. ¡ Ah ! si os hubiera hallado enfermo nunca me lo perdonaría !

LAPIN ¿ Vos ?

JAMES Sí, yo. Del fatal suceso de ayer noche, yo sólo soy el causante.

LAPIN ¡ Cómo !

JAMES Sí, simpático amigo, sí. Ya se sabe de cierto que Eva fué quien abrió la jaula del león.

LAPIN ¡ Ella ! lo presumía.

JAMES ¿ Y sabéis por qué lo hizo ? Por celos. Por celos de verme cenando con otra mujer. Lo que vos decíais, amigo mío, lo que vos decíais. ¡ Una mujer celosa es capaz de todo !

LAPIN Sí lo es, sí.

JAMES Y aun no acaba aquí la cosa.

LAPIN ¿ No ?

JAMES No. Eva ha huído del domador, y sospecho que anda buscándome por todo París para reconciliarse conmigo.

LAPIN Es muy posible.

JAMES Pero ahora yo me haré de rogar, haré el desdeñoso. ¿Qué os parece la idea?
LAPIN Digna de vos.

ESCENA VI

Dichos y el CRIADO azorado

CRIADO Señor... Señor...
LAPIN ¿Qué ocurre, Tomás?
CRIADO Un momento, señor.
LAPIN (A James.) Con permiso. ¿Qué hay? (Al Criado en el fondo.)
CRIADO La policía se halla en la puerta principal.
LAPIN ¡La policía!...
CRIADO Con un auto del juez para reduciros a prisión.
LAPIN (¡Ah! ya entiendo, me reclaman de Londres; pero no me alcanzarán.) Entreténles dos minutos antes de dejarles libre el paso. (Vase el criado.) ¡Señor Mallins... gran noticia! El criado acaba de anunciarme que Eva se halla en la antesala.
JAMES ¿Véis lo que os decía? Me busca, me busca. Sigue todos mis pasos.
LAPIN ¿Queréis darle una sorpresa?
JAMES Sí.
LAPIN Sentáos en ese sillón, cubríos con la manta, Eva entrará, y...
JAMES ¡Magnífica idea! Sois el hombre de los grandes recursos. (Se coloca en el sillón.) ¿Estoy bien así?
LAPIN Perfectamente. Yo me retiro.
JAMES Sí, sí; dejadme solo. (Recoge su abrigo.)
LAPIN (Esto se acabó. Pero el mundo es grande. Aun me queda mucho espacio para volar Italia, poético país. *Nadie más fuerte que Sherlock Holmes.* Verdad es: pero... nadie más astuto que Raffles. Adiós, Francia, adiós. ¡Ahí queda eso!) (Vase por la primera derecha.)

JAMES ¿Qué dirá Eva cuando me vea así? ¿Qué dirá? ¿Qué dirá?... (Aparecen los policías y se dirigen directamente a apresar a James.)

MUTACIÓN

CUADRO ULTIMO

Triunfo completo

La misma decoración y muebles del acto segundo

ESCENA PRIMERA

MANUEL y GEORGINA

MANUEL Sí: Georgina, sí: por mucho que reconozca el poder del señor Sherlock hay momentos en la vida que desconfío de todo, no lo puedo remediar.

GEORGINA Hasta ahora no veo motivo suficiente para que se pierdan las esperanzas que nacieron a su llegada...

MANUEL He dicho que desconfío de todo, de todo lo que me rodea, Georgina.

GEORGINA (Está visto; sospecha de mi honradez.)

MANUEL La prueba del cambio del secreter no tiene duda...

GEORGINA No la tiene, no.

MANUEL Pero cómo pudo verificarse el cambio. ¿Lo sabes tú, Georgina?

GEORGINA (No hay más remedio.) Sí, lo sé.

MANUEL ¡Qué dices!

GEORGINA Que fuí yo, quien efectuó el cambio.

MANUEL ¡Tú! ¿Por qué razón?

GEORGINA No me lo preguntes, Manuel. No quieras saberlo.

MANUEL Tengo derecho a saberlo todo, señora.

GEORGINA Es que yo tampoco lo sé todo.

MANUEL Pretendes burlarte.

GEORGINA Es un secreto que no me pertenece.

MANUEL No comprendo qué clase de secretos pueden existir, entre nosotros.

GEORGINA Sólo existe uno que ruego me dispenses de confesártelo.

MANUEL Eso nunca. Tu tenacidad en callarlo, más me enardece para saber de qué se trata. Habla, Georgina, habla. Dime toda la verdad ; por horrible que ella sea, no lo será tanto como la duda que hiere mi corazón.

GEORGINA Sospecho tus dudas. La mitad de mi vida daría gustosa por desterrarla de tu pensamiento. Pero no puedo, Manuel, no puedo. He jurado por mi hija y...

MANUEL Por nuestra hija, diría yo, por nuestra hija.

GEORGINA ¡ Oh ! sí ; por nuestra hija, por nuestra Laura. No lo dudes, Manuel, no lo dudes ni un solo momento.

MANUEL Al extremo que han llegado las cosas, repito, que dudo de todo, señora, de todo.

GEORGINA ¡ Dios mío ! ¿Quién podrá salvarnos de tan horrible situación?

MANUEL ¿Quién? Las pruebas de tu inocencia, si es que eres inocente.

GEORGINA Lo soy.

MANUEL ¿Lo eres, y tú misma te declaras la autora del cambio del secreter?

GEORGINA Sí.

MANUEL ¿Por tu propio interés?

GEORGINA No.

MANUEL ¿Por orden de otra persona entonces?

GEORGINA Tú lo has dicho. Por orden de otra persona.

MANUEL ¿Esa persona, quién es?

GEORGINA Hasta que me vea libre del juramento no diré quien es.

MANUEL Eso es una evasiva.

GEORGINA Eso es la verdad.

MANUEL ¿Y no temes mi furor?

GEORGINA Nada temo cumpliendo como buena esposa.

ESCENA II

Dichos y LAURA con una carta

LAURETA ¡ Mamá !... ¡ Papá ! Una carta de Londres. Es de mi tía Adelaida. Conozco la letra del sobre.
GEORGINA ¡ De mi hermana ! ¡ Oh ! dame. Venga al momento. (Cogiéndola, abriendo el sobre y leyendo para sí.)
MANUEL (Mucha es su ansiedad.)
LAURETA ¿Traerá buenas noticias, papá?
MANUEL ¿Qué noticias quieres que traiga?
LAURETA ¡ Qué sé yo ! Cosas de las que alegran, de las que siempre dan gusto al saberlas.
MANUEL Tu madre nos lo dirá.
GEORGINA ¡ Oh ! ¡ Jesús me valga ! (Cae desvanecida buscando apoyo en un sillón.)
LAURETA ¡ Mamá !
MANUEL ¿Qué es eso?
LAURETA ¡ Se desmaya !... ¡ Mamá... Mamá !...
MANUEL ¡ Georgina, por Dios, vuelve en ti !
GEORGINA No, no es nada. Hija mía, retírate por unos momentos, tengo que hablar con tu padre.
LAURETA Voy. (¿Qué será esto?) (Vase por la izquierda.)
MANUEL ¡ Me explicarás por fin !...
GEORGINA Toma y lee. Esta carta me releva del juramento que sellaba mis labios, y me descubre cosas que nunca sospeché.
MANUEL (Lee.) «Querida hermana Georgina. A tu confianza y a la de tu esposo Manuel entrego un secreto para descargo de mi conciencia y para evitar toda sospecha que pudiera recaer sobre ti, por causa de la pérdida del secreter que me notificas en tu última. Preparáos para recibir una inesperada revelación. Laura no es hija vuestra, sino mía.» (Hablado.) ¿Qué dice?

GEORGINA Continúa.

MANUEL (Leyendo.)«Laura es hija mía. Como sabes, yo me casé dos años después que vosotros. En ese espacio de tiempo un infame burló mi honor: di a luz una hermosa niña que pude ocultar hasta a vosotros mismos, fingiendo un viaje a Normandía. Al cabo de un mes justo dió fruto vuestro matrimonio. Una niña que al apadrinarla yo, púsela por nombre Laura, como a la mía. Llevada a nodriza, la vuestra murió. Entonces, comprando el silencio de la ama de cría, puse mi hija en lugar de la vuestra, salvando así mi honor de mujer soltera y evitándoos un pesar. Pasó un año. Al casarme con el que hoy es mi esposo, no tuve el valor para confesarle la verdad. En eso he sido culpable. Las pruebas de mi falta se hallan en un escondrijo del secreter que mi marido os regaló. He callado mucho tiempo: mas hoy al escribirme tu desesperación y al calcular las sospechas que podían recaer sobre ti, por la pérdida del secreter, no vacilo ni un solo instante para confesar toda la verdad. Espero vuestra sentencia, sea como ella sea la acepto, sin ninguna queja. Siempre vuestra.—Adelaida.»

GEORGINA ¿Qué dices a esto, Manuel?

MANUEL Digo... que Laura será siempre nuestra hija y tú la esposa de mi corazón. (Abrazándola.)

GEORGINA ¡Oh! ¡Gracias, gracias! No esperaba menos de tu bondad.

MANUEL Del peso que más abatía mi espíritu estoy ya libre. Para ser completamente felices, sólo nos falta...

ESCENA III

Dichos y RICHARDSON con el secreter, SHERLOCK con el billete de lotería y LAURETA tras ellos, por la primera izquierda

RICHARD. ¡ El secreter !
MANUEL ¡ Es posible !
GEORGINA El mismo, sí.
SHERLOCK El billete de lotería, número 14,213.
MANUEL ¿ El billete decís ?
GEORGINA El billete.
SHERLOCK Pagadero al portador. Aquí lo tenéis. ¡ Vuestro es !
MANUEL ¡ Oh ! Señor Sherlock. Os debo la vida.
GEORGINA La vida y el honor.
LAURETA ¡ Viva Sherlock !
SHERLOCK (Los documentos de vuestra hermana, en el secreter se hallan. Nada tema usted.)
GEORGINA Usted no ignora...
MANUEL Usted sabe...
SHERLOCK Todo lo sé, pero desde este momento, todo lo ignoro también.
MANUEL ¡ Oh ! ¡ señor ! ¡ Cómo pagaros tantos beneficios !
GEORGINA ¡ Cómo mostraros nuestra inmensa gratitud !
SHERLOCK ¿ Cómo ? ¡ Con un abrazo de vuestra hija (hija, comprenden ustedes) y con un recuerdo de París a Londres, para el inspector Richardson y para Sherlock Holmes.
LAURETA (Abrazándoles.) ¡ Viva Richardson !... ¡ Viva Sherlock !...

TELÓN

FIN DEL MELODRAMA



Obras de Luis Millá

Mujeres	Hombres		Precio Ptas.
6	17	Los pilletes (cinco actos) . . .	2
9	11	El capitán cajero o los dos Sargentos franceses (seis actos).	2
2	11	La captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes (seis actos)	2
1	3	¿Palos con dinero? vengan (un acto)	0'25
1	4	Los calzones de mi amo (un acto).	0'25
2	4	Fuera y dentro (un acto). . . .	0'25
2	2	Pasar el rato (un acto)	1
3	8	Las Traviatas (un acto, zarzuela)	1
2	3	Por detrás de la iglesia (un acto).	0'50
5	3	Barco pirata (un acto).	1
1	2	El muñeco eléctrico (un acto). .	0'50
2	7	La vida es sueño (cinco actos: Refundición)	2
4	14	Nadie más fuerte que Sherlock Holmes (seis actos).	2

MONÓLOGOS

0	1	Oratoria moderna	0'25
0	1	El ensayo de un drama	0'25
0	1	Al campo, D. Nuño, voy . . .	0'25
0	1	¡Animal!.	0'25
0	1	Mañana me caso	0'25
0	1	Ayer me casé	0'25
0	1	¿Café?	0'25
0	1	El pobre D. Quijote.	0'25
0	1	Centinela alerta.	0'25
0	1	El tenor de la *Marina*.	0'25
0	1	Un crimen elegante	0'25
0	1	Juegos de manos	0'25

TRATADO DE TRATADOS DE DECLAMACIÓN

(EN PUBLICACIÓN)

Precio: DOS pesetas